



FUNDACION
SUPERACION
DE LA POBREZA

SERVICIO PAÍS

TERRITORIO BIOCULTURAL PATAGONIA INTERIOR

*Manifestaciones de la pobreza
en el territorio patagonico y claves
para su superacion a nivel local*

**TERRITORIO
BIOCULTURAL
PATAGONIA
INTERIOR**

*Manifestaciones de la pobreza
en el territorio patagonico y claves
para su superacion a nivel local*

TERRITORIO BIOCULTURAL PATAGONIA INTERIOR

Manifestaciones de la pobreza en el territorio patagónico y claves para su superación a nivel local

AUTORES

©Fundación Superación de la Pobreza (FSP), 2021.

DIRECTOR NACIONAL

Mauricio Rosenblüth

COORDINADOR DE PROYECTO

Ricardo Alvarez Abel

EQUIPO DE INVESTIGACIÓN

Ricardo Alvarez Abel

Juan Sáenz Passeron

Ingrid Padópulos

FOTOGRAFÍAS

Ricardo Alvarez Abel

EDITORA

Jennifer Abate

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Carlos Muñoz / www.cemuma.cl

Índice

■ AGRADECIMIENTOS	6
■ PRESENTACIÓN	7
■ INTRODUCCIÓN	9
■ MÉTODO	15
■ HALLAZGOS Y RESULTADOS	17
Caracterizando el territorio biocultural Patagonia interior	17
Tenencias y no tenencias: problemáticas de pobreza y activos presentes en este TBC	23
Grupos humanos presentes en la Patagonia	29
Siniestros socioambientales y reemplazo de cosmovisiones	37
Algunas reflexiones sobre género y ruralidad en la Patagonia	40
Los pulsos de poblamiento de la Patagonia: el caso de Puerto Ramírez	53
■ REFLEXIONES FINALES	66
■ BIBLIOGRAFÍA	71

Agradecimientos

Queremos dar las gracias a quienes colaboraron en la construcción de este estudio sobre la Patagonia interior. A las y los directores nacionales y sus equipos profesionales. También a investigadores e investigadoras que contribuyeron con análisis y sistematizaciones sobre múltiples problemáticas: en primer lugar, a Ingrid Padópulos, Juan Sáenz y Juan Correa, quienes participaron activamente en la elaboración de este documento. También a Flavia Liberona (Fundación Terram) y Francisco Ther (Universidad de Los Lagos) por sus aportes adicionales, así como a muchos otros colaboradores que desde instituciones públicas y privadas fueron entrevistados para este fin.

Por supuesto queremos agradecer al equipo de profesionales de Propuestas País por las reflexiones y consejos que constantemente hicieron para mejorar esta investigación, así como a las familias que entregaron sus experiencias y visiones sobre sus vidas, pasados y futuros en medio de estos valles y praderas de viento eterno.

Presentación

El siguiente estudio forma parte de una serie de investigaciones de la Fundación Superación de la Pobreza centradas en el análisis de problemáticas socioecológicas que se sostienen en la categoría de territorio biocultural. Los temas que han sido abordados desde esta dimensión consideran los territorios bioculturales andino, agrario, seco, urbano, Wallmapu, litoral-insular y, en este caso, el territorio biocultural Patagonia interior.

Es importante señalar que el concepto de territorio biocultural es una manera de denominar ciertas áreas geográficas relacionada con la forma en que las comunidades humanas que las habitan interactúan con la ecología/medio ambiente del lugar, generando cultura y una identidad más o menos distintiva. Su patrimonio biocultural se asocia a modos de vida y/o vocaciones productivas distintivas, forjadas por lo general durante largos periodos de tiempo y que guardan una estrecha relación/dependencia con el paisaje natural/construido del cual forman parte/habitan. En estos territorios suele reproducirse una estructura social particular que origina y recrea un conjunto de grupos humanos que se repite en el marco de unidades más pequeñas (localidades/barrios). Cuentan además con problemáticas comunes, como los marcos normativos que las regulan (que limitan o favorecen a sus habitantes), las amenazas del modelo económico imperante o la forma en que se está presentando el cambio climático en sus territorios, modelos productivos y ecosistemas.

Parte del desarrollo local inclusivo de las comunidades que habitan estos territorios pasa por la visibilización, protección/salvaguardia y activación de su rico patrimonio biocultural, junto con la interacción positiva/cooperativa entre sus grupos humanos. Es por esta razón que nos es tan importante como Fundación poder compartir este estudio. Esperamos que pueda servir para enriquecer las reflexiones que día a día ocurren a escala institucional y local para superar los problemas que afectan a miles de personas y comunidades en su diario vivir.

Catalina Littin

Directora ejecutiva
Fundación Superación de la Pobreza



> Poblado cordillerano de Futaleufú, región de Los Lagos. Fotografía de Ricardo Alvarez 2021.

Introducción

Trabajar la intervención social desde la noción de los territorios bioculturales (en adelante TBC) es una apuesta que busca facilitar la comprensión de los fenómenos de pobreza que afectan a miles de personas que habitan nuestro país. Frente al despojo que provoca el modelo de desarrollo imperante (despojo de especies, despojo de espacios y despojo de posibilidades de futuro), lo que se necesita es reforzar un tipo de desarrollo de carácter local que sea inclusivo, por medio de la visibilización, protección/salvaguardia y activación del patrimonio biocultural, junto con la interacción positiva/cooperativa entre sus diferentes grupos humanos. Estas debieran ser las vigas maestras de la superación de la pobreza a nivel local. Así visto, los TBC facilitan la identificación de horizontes de desarrollo que tienen sentido en áreas que frecuentemente escapan a la comprensión territorial basada en oficios, en límites político-administrativos o en recursos de interés comercial, entre otros.

En este documento se abordará el TBC Patagonia interior intentando dar cuenta del heterogéneo espacio biocultural que está contenido en esta noción histórico-geográfica de “Patagonia” (Mapa 1). Se trata de un territorio contenido entre montañas, valles y pampas que para efectos de este análisis ha sido separado del litoral (que es asumido en el estudio del TBC litoral-insular). La Patagonia interior fue escenario de culturas amerindias desde hace más de diez mil años, pero dicho sustrato original prácticamente desapareció debido a eventos traumáticos ocurridos principalmente durante la implementación de políticas de colonización de la república en ambas fronteras nacionales. Su representación indígena actual contiene una mixtura principalmente mapuche-williche, que reclama ser reconocida a pesar de los cuestionamientos por parte de un Estado que sigue resistiéndose a dejar de lado mapas rígidos donde estas identidades quedaron congeladas en fronteras lejanas, dando cuenta de una Patagonia sin indígenas.

A fines del siglo XIX innumerables familias, provenientes principalmente del área Araucanía-Chiloé, comenzaron a transitar por la zona aprovechando los mejores espacios para iniciar asentamientos familiares y colectivos, principal-

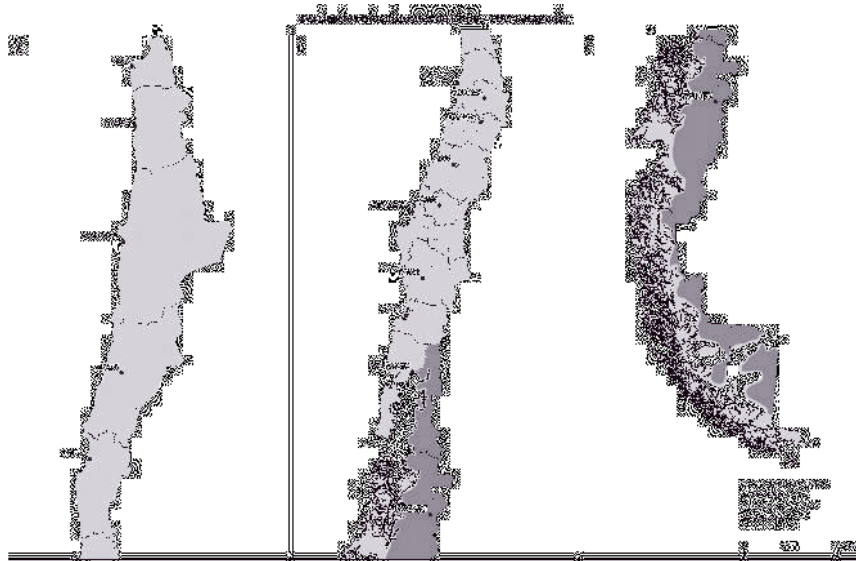
mente ganaderos. Para hacerlo emplearon satisfactores tradicionales como los roces controlados, pero los agentes de colonización —durante las primeras décadas del siglo XX— fomentaron que estos colonos iniciasen quemas masivas y descontroladas de importantes zonas boscosas para demostrar que efectivamente estaban haciendo uso de las tierras que solicitaban (Mauricio Osorio, comunicación personal, 15 de marzo de 2021). Por satisfactores nos referimos a “quehaceres”, formas de resolver la vida que son singulares a expresiones culturales. Por ejemplo, para producir papas (y asegurar la subsistencia anual familiar) una opción es recurrir a la solidaridad de los vecinos a través de la minga, ejercicio colectivo que refuerza el tejido relacional y robustece los marcos normativo-éticos propios; o producirlas individualmente apelando a la contratación de jornaleros. Si bien estos satisfactores solucionan finalmente la generación de alimentos, crean impactos diferentes respecto a otras necesidades humanas: la protección, afecto, entendimiento, participación, ocio, creación, identidad y libertad (Max Neef et al., 1994) son resueltos principalmente en el primer caso. Por esta razón la manera en que se hacen las cosas es tan importante, pues los satisfactores tradicionales usualmente se enfocan en satisfacer múltiples necesidades humanas, a diferencia de las soluciones individuales. Los incendios individuales probablemente fueron el primer gran siniestro socioambiental de nuestra era, ya que no se trataba de una solución pensada para crear un espacio habitado, sino para responder de manera urgente ante la amenaza de ser expropiado en un escenario en el que intereses privados —con alta influencia política central— comenzaron a capturar los territorios que ya estaban habitados (y habilitados) por estas familias. Utilizando la fuerza los desplazaron hacia el oeste, arrinconándolos en valles fluviolacustres donde actualmente se emplaza buena parte de las localidades menores de este TBC.

Su pasado forestal sigue siendo cuestionado al día de hoy y sirve de argumento para justificar la segregación de sus habitantes respecto a enormes áreas destinadas para propósitos de conservación privada y pública (Reyes et al., 2020), los que han quedado excluidos de los dividendos que genera el turismo de naturaleza (Araneda y Sierra, 2017; Aguilar et al., 2019), capturado las más de las veces por empresas privadas externas. Por ello uno de los grandes problemas que enfrentan estas sociedades australes es que actualmente viven “apretadas” en entornos urbanizados que contrastan con la inmensidad de los paisajes que las rodean, razón por la que experimentan problemas que más bien son propios de las periferias de grandes urbes y sienten que la estructura de oportunidades

público-privada sigue estando tan lejos de ellos como cuando no había caminos que los conectasen con el centro de la región y del país y solo había bosques a su alrededor.

Quienes hoy en día habitan esta inmensidad de territorio han sido testigos de transformaciones respecto a sus capacidades: desde un pasado donde los satisfactores eran implementados autónomamente (proveyendo autoestima y reconocimiento) y donde el “centro” eran ellos mismos han pasado a un contexto en el que cada día se hace más patente la dependencia centro-periferia, con protagonismo activo del término “aislamiento” como argumento constante por parte del Estado para justificar que es muy difícil, hasta imposible, implementar en estos lugares la estructura de oportunidades que sí existe en el resto del país y/o en las ciudades de la Patagonia. Además, este ejercicio de dependencia incluye competir entre pares demostrando carencias en lugar de las tenencias históricas.

Mapa 1. Territorio biocultural Patagonia interior



Fuente: Correa, 2020.

Esto es especialmente dramático pues la historia local está poblada de recuerdos donde sus habitantes fueron quienes construyeron sus cimientos: las escuelas, viviendas, puentes y caminos fueron obra de su esfuerzo. Por esta razón visibilizar hoy en día solo las carencias para obtener apoyo oficial resulta más que cuestionable, ya que obliga a borrar las enormes capacidades que estas personas portan.

A pesar de esta historia de devastación, la Patagonia interior posee un universo de memorias colectivas íntimamente entrecruzadas con otros-que-humanos¹, tensionada por dos extremos: por una parte, porque la cohabitación con bosques, pampas, fauna, montañas, glaciares, lagos y ríos es ineludible de la identidad y de la “tranquilidad” (Molina, 2011) como expresión equivalente de bienestar, condición que se vincula con un tejido relacional estrecho que tiene un tiempo distinto a la celeridad de las grandes urbes (donde la cercanía desaparece).

“Porvenir, la pequeña capital fueguina chilena de tiempos idos, tiene un honroso historial de vida y actividades sencillas y comunes, nada espectaculares, pero este contenido existencial ha tenido no obstante la riqueza y significación de las cosas simples que hacen el contenido del diario acontecer de las comunidades de tranquilo pasar”

(Martinic, citado por Hernández y Vivanco, 2012, p. 178).

A pesar de que cada vez es más difícil acceder a los recursos contenidos en este territorio a partir de satisfactores tradicionales, sus habitantes continúan manifestando economías pluriactivas y consuetudinarias que sostienen puentes entre los entornos rurales y urbanos, que alternan tareas agroforestales informales con trabajos asalariados esporádicos en la ciudad, como la venta de ropa y la recolección paralela de hongos, o el tránsito de un lugar a otro como jornaleros en la construcción de obras públicas para luego retornar a sus barrios. Si bien esta estrategia es inestable y provee escasos dividendos (menos aún capacidad de ahorro), es valorada pues permite reaccionar activamente frente a oportunidades y crisis (como una manera de tener los pies en diferentes soportes), sobre todo cuando las opciones de trabajo estable, a contrata, son efímeras. Pero el

¹‘Otros-que-humanos’ es un término que hace referencia a animales, plantas y elementos de la naturaleza sin distinciones jerárquicas. Originalmente en: Hallowell, A. (1964).

Estado fragmenta estas estrategias y construye arquetipos monoespecíficos (agricultor, ganadero, trabajador forestal, etc.), lo que segmenta su vinculación con las oportunidades existentes y rigidiza las posibilidades de ir adaptándose al medio ambiente y a los imprevistos que constantemente ocurren, más aún cuando los efectos del cambio climático se están haciendo sentir significativamente en esta área del planeta. De esta forma, lo que es robustamente diverso termina siendo vulnerablemente monodependiente.



> Campos en el interior de la provincia de Palena, región de Los Lagos. Fotografía de Ricardo Alvarez 2021.

Método

Este estudio sobre el territorio biocultural Patagonia interior forma parte de una serie de trabajos de la misma índole cuyo propósito es proveer de insumos para el análisis de la sociedad chilena en relación con los espacios y especies con los cuales ha establecido relaciones a través del tiempo. Se trata de un estudio descriptivo cuyo foco fue revelar/analizar las manifestaciones objetivas, subjetivas y relacionales de la pobreza en el territorio biocultural a fin de servir de marco de apoyo para la conducción técnica de equipos Servicio País, la elaboración de estrategias de intervención social de carácter local y apuestas de escalamiento territorial. Es un estudio mixto cuanti/cualitativo pues consideró análisis de datos estadísticos, cartográficos y narrativos que combinan fuentes primarias y secundarias sobre la base de análisis de primer y segundo orden: análisis de información aportada por los sujetos que viven en el territorio interior y análisis de información aportada por especialistas a partir de un proceso de diálogo sistemático.

Para lograrlo se realizó un análisis bibliográfico que incluye informes institucionales, tesinas, notas de prensa, artículos científicos y documentos que forman parte de la producción de esta Fundación. Al mismo tiempo se desarrollaron reuniones con especialistas en la materia y entrevistas semiestructuradas a dirigentes (as), profesionales, representantes de servicios públicos y personas cuyas vidas giran en torno a la Patagonia interior (específicamente en las regiones de La Araucanía, Los Lagos, Aysén y Magallanes). Es importante señalar que este estudio es también parte de una serie de investigaciones (principalmente tesinas apoyadas por la Fundación) ligadas al entorno patagónico, las que permitieron dar cuenta de algunos fenómenos que siguen apareciendo en este estudio: invisibilidad, costos de la vida significativamente más caros y aislamiento, entre muchos otros.



> Lago Rosselot, comuna de Cisnes. Fotografía de Ricardo Alvarez, 2019.

Hallazgos y resultados

Los siguientes capítulos tienen como propósito abordar problemáticas transversales al TBC Patagonia interior, pero que por la magnitud del escenario toman en cuenta casos localizados. En primer lugar se reflexiona en torno al concepto de territorio biocultural (TBC) y sus implicancias para comprender fenómenos de pobreza y diversidad de modelos de vida. También se propone la categoría de grupos humanos (GH) y cómo esta puede servir para vislumbrar a quienes habitan este entorno desplegando satisfactores que, siendo altamente heterogéneos, tienen elementos en común que los vinculan entre sí.

Se problematiza la relación entre las estrategias de vida y las oportunidades en una geometría de poder que resulta desigual e inequitativa. También los sinsietros que teniendo una manifestación ambiental esconden tras de sí decisiones normativas. A propósito de ello se advierte muchas veces que existieron posibilidades para haber evitado una crisis —apelando a las propias capacidades locales—, pero no pudieron manifestarse debido a estas restricciones. Finalmente se toman en consideración las voces de los propios habitantes para advertir posibles vías de recomposición territorial, reconociendo que la Patagonia posee una escala de expresiones urbanizadas que aún permiten una relación favorable entre el bienestar que provee la cercanía con la estructura de oportunidades público-privada y la naturaleza.

Caracterizando el territorio biocultural Patagonia interior

Los territorios bioculturales (TBC) son una manera de denominar ciertas áreas geográficas dependiendo de la forma en que las comunidades humanas que las habitan interactúan con la ecología/medio ambiente del lugar, generando cultura y una identidad más o menos distintiva. A esa forma específica de interacción le denominaremos patrimonio biocultural y suele expresarse/reconocerse en modos de vida y/o vocaciones productivas distintivas, forjadas por lo general en largos periodos de tiempo. Estos modos de vida guardan una relación casi

simbiótica con el paisaje natural/construido del cual forman parte y/o habitan. En otras palabras, es poco probable encontrar esos modos de vida y esas culturas fuera del espacio donde se han desarrollado. Los TBC se suelen diferenciar porque (i) poseen una geografía/ecología propia; (ii) sostienen comunidades humanas que exhiben una cierta homogeneidad / heterogeneidad cultural que le es característica; (iii) se componen de grupos humanos y una estructura social que se repite en el marco de unidades más pequeñas (localidades/barríos); y (iv) cuentan con problemáticas o expresiones específicas de estas, derivadas de (a) los marcos normativos que las regulan (que limitan o favorecen), (b) las amenazas del modelo económico y (c) la forma en que se está presentando el cambio climático y la crisis medioambiental.

Los TBC no suelen poseer límites fijos, no son exhaustivos ni precisos. Las fronteras de los TBC exhiben límites difusos, con amplias zonas de intersección e incluso superposición. Un ejemplo de ello en este TBC es que las áreas urbanas son importantes (a pesar de su reducido tamaño), lo que obliga a evaluarlas circunstancialmente respecto al interés comprometido en el diagnóstico o intervención. Trabajar la intervención social desde la noción de los TBC es fruto de una apuesta: promover el desarrollo local inclusivo de las comunidades que habitan estos territorios por medio de la visibilización, protección/salvaguardia y activación de su rico patrimonio biocultural, junto con la interacción positiva/cooperativa entre sus grupos humanos. En nuestra opinión esas debieran ser vigas maestras de la superación de la pobreza a nivel local. Así visto, los TBC facilitarían la identificación de horizontes de desarrollo alternativos, de carácter local e inclusivo, y basados en capacidades/recursos endógenos. Con todo, se trata de un concepto en construcción.

El concepto de TBC es usado en Latinoamérica principalmente en estudios socioecológicos con fuerte énfasis en problemáticas indígenas (Barrera-Bassols y Floriani, 2018), de manera simultánea a conceptualizaciones como *paisajes bioculturales* (Morales, 2019), *memoria biocultural* (Toledo y Barrera-Bassols, 2008) y *diversidad biocultural* (Maffi y Woodley, 2010), entre otros. Lo importante es que se enfoca en que “[...] toda cultura es coterránea a una cierta naturaleza, con la cual establece una relación de reciprocidad e incluso un nexo coevolutivo” (Nietschmann, 1992, citado por Barrera-Bassols y Floriani, 2018, p. 11), y puede ser sintetizada como un “ensamblaje” (Toledo y Barrera-Bassols, 2008) entre la vida humana y la de otros-que-humanos. Para reforzar esta noción,

“cuando se habla de ‘territorio biocultural’ para referirse a lugares como la Sierra Norte de Puebla, se está evocando elementos que incluyen las dimensiones geográfica, natural y cultural de forma entera, abigarrada. Una no se puede entender sin las demás”

(Gomes, 2020, p. 113).

Estos modelos de vida dependen significativamente de la integridad de sus territorios y de la libertad para manifestar sus culturas. Esto es crucial, ya que la enajenación de las tierras y los fenómenos de despoblamiento provocan transformaciones intensas sobre la forma de habitar y comprender el mundo que erosionan significativamente esta matriz biocultural. Con ello, los rasgos propios de estas culturas (Fotografía 1) desaparecen: “El crecimiento observable de barriadas marginales urbanas tiene su contracara en casas rurales visiblemente abandonadas, sin animales y con sus chimeneas apagadas en los bordes de los caminos” (Mandujano-Bustamante et al., 2016, p. 86).

Fotografía 1. Pasarela de Tortel fabricada con tablones labrados a hacha de ciprés



Esta es una solución tradicional para facilitar la conectividad peatonal en un paisaje marcado por las turberas y los suelos anegados e irregulares.

Fotografía: Ricardo Alvarez, 2004.

Ahora bien, la macrozona Patagonia interior, en términos operativos, abarca una extensión de aproximadamente 1.200 km lineales entre las regiones de Los Lagos, Aysén y Magallanes (con 22 comunas), extendiéndose a más de 1.067.844 km², pero con una densidad poblacional que apenas alcanza a un habitante por km² (op cit.). Por cierto, y dado el interés de focalización de esta macrozona, se excluye todo el borde costero y las zonas archipelágicas de las regiones en cuestión (que son abordadas en el estudio TBC litoral-insular de esta serie).

La Patagonia interior posee climas que abarcan el templado lluvioso, la tundra e incluso el polar en sus mayores alturas. Esto permite la existencia de paisajes vegetales que transitan entre la selva fría lluviosa (en el extremo norte y occidental) y pampas ventosas en su extremo occidental y meridional. Por cierto, estas particularidades han influido en los modos de habitar y en la movilidad histórica y actual de las poblaciones que allí habitan. En general los espacios de vida y trabajo se han concentrado en valles fluviales, riberas lacustres y en menor medida en las vastas extensiones pampeanas (las que más bien forman parte principalmente del modelo de explotación estanciero). Culturalmente este TBC posee rasgos propios discernibles, a tal grado que durante siglos el mundo se refirió a sus pobladores como fruto del encuentro entre Pigafetta y un tehuelche (Alvarez, 2020). En la historia reciente existe un arquetipo de habitante común a todo este territorio: el baqueano, identidad que invisibiliza al habitante urbano, al vecindado, retornado y otros muchos grupos humanos, y también esquiva el hecho de que la Patagonia, siendo potencialmente un territorio imaginado —donde el espacio fijaría los límites y sus habitantes se autoreconocerían independientemente de la barrera que provoca la distancia (Anderson, 2006)— que resulta ser más bien un ensamblaje de muchas Patagonias. Es pertinente rescatar lo que señalan Mandujano-Bustamante et al.:

“[...] a partir de 1997 la región de Magallanes crea y decreta el uso de su propia bandera, escudo e himno, e identifica un árbol (ñire) y un ave (ñandú) como emblemas locales en un esfuerzo simbólico por reforzar su identidad como territorio y habitantes del fin del mundo. En cambio, en Aysén, la zona menos poblada, y más aislada por el déficit vial y por las dificultades de manutención de caminos por lluvias y derrumbes, la identidad es más precaria e inarticulada”

(2016, p. 86).

A esto debe agregarse que este territorio representa simbólicamente diferentes valores según quienes lo habitan: para un grupo privilegiado (principalmente empresarios que ocupan estacionalmente sus estancias y parques privados) representa un símbolo de estatus que comunican constantemente al mundo, mientras que para grupos crónicamente subalternos, como williche y mapuche, simboliza una larga historia de omisiones arbitrarias. Por cierto, las comunidades y asociaciones indígenas enfrentan narrativas regionales que idealizan la ocupación europea. Es, como señala Fernández (2007), gente “[...] que no tiene la posibilidad cuantitativa de ser escuchada” (p. 85).

La Patagonia es también contenedora de recursos de interés nacional como el agua, por lo que concentra conflictos socioambientales de gran escala que oscilantemente ponen en alerta a su población cada vez que desde el centro del país se proponen carreteras hídricas para solucionar la demanda industrial² bajo *frames* —o marcos de referencia— que señalan a Chile como una potencia agroalimentaria, pero sin explicitar que son precisamente estas políticas extractivistas las que han provocado la sequía que experimentan miles de conacionales (Gutiérrez, 2020). El hecho de que este TBC esté administrativamente presente en tres regiones es un rasgo que influye en los vínculos entre sus habitantes. Por ejemplo, en la frontera entre la región de Los Lagos y Aysén existe un fuerte movimiento de comercio a través de camiones que abastecen a los pequeños poblados de frutas y verduras. Esta relación es tan importante que los asentamientos aiseninos de este extremo norte dependen más de esta relación comercial que de la capital regional. No sucede lo mismo en el extremo sur, donde el relieve impide una vinculación expedita con los asentamientos del extremo norte de la región de Magallanes y debe hacerse la conexión vía Argentina o por mar. Tal vez por esta razón se advierte una mayor cercanía entre las dos primeras regiones que con Magallanes, lo que explica que esta última haya construido un arquetipo identitario reforzado con bandera, himno y otros símbolos autónomos. A pesar de ello, la población que habita la o las varias Patagonias mencionadas coincide en sentirse lejos de la circulación y aprovechamiento de la estructura de oportunidades público-privada nacional. Es un discurso transversal que atraviesa lo rural y lo urbano, lo disperso y lo concentrado, como

² Corporación Reguemos Chile. (s. f.). Carretera hídrica. Recuperado 19 de marzo de 2021, de <http://www.reguemoschile.cl/index.php#n-solucion>

parte de una historia republicana en la que el Estado ha sido inmisericorde con su alto centralismo y concentración de poder. En contrapartida, la proximidad con los otros-que-humanos (flora, fauna y paisajes) les permite constantemente referir que esta naturaleza representa su identidad común (Sepúlveda, 2020) y un sentimiento de bienestar y tranquilidad que no es posible experimentar en el resto del país, incluso cuando les es expropiado.

Mauricio Osorio, autor del libro *Aysén, matices de una identidad que asoma* (2009), reflexiona sobre las identidades juveniles actuales y señala que se activan, sobre todo, cuando se perciben fuera del territorio o frente a otros. Esta dinámica incluye el territorio que se lleva consigo, representado precisamente por la naturaleza patagónica. Esta construcción de identidad también forja lazos de solidaridad por pertenecer a una naturaleza común, lo que incluye sus externalidades positivas (como la consideración de vivir en un ambiente puro) y negativas (el aislamiento como experiencia constante en sus biografías). Según Martinic (2006), el aislamiento geográfico constituye también un rasgo valorado en la construcción de identidades, ya que habría generado un autoaislamiento psicológico que permitiría el afecto e identificación con la realidad local, así como un destino común. Para Zúñiga y Asún (2013), los jóvenes magallánicos tienen una marcada tendencia a la valoración de la seguridad, las tradiciones, la amabilidad y la solidaridad, y hace hincapié en que “[...] el aislamiento y las difíciles condiciones ambientales pueden haber contribuido a generar un estilo de relaciones sociales basadas en la cooperación, la confianza mutua, y la capacidad para llevar a cabo trabajo conjunto y acción colectiva” (p. 95).

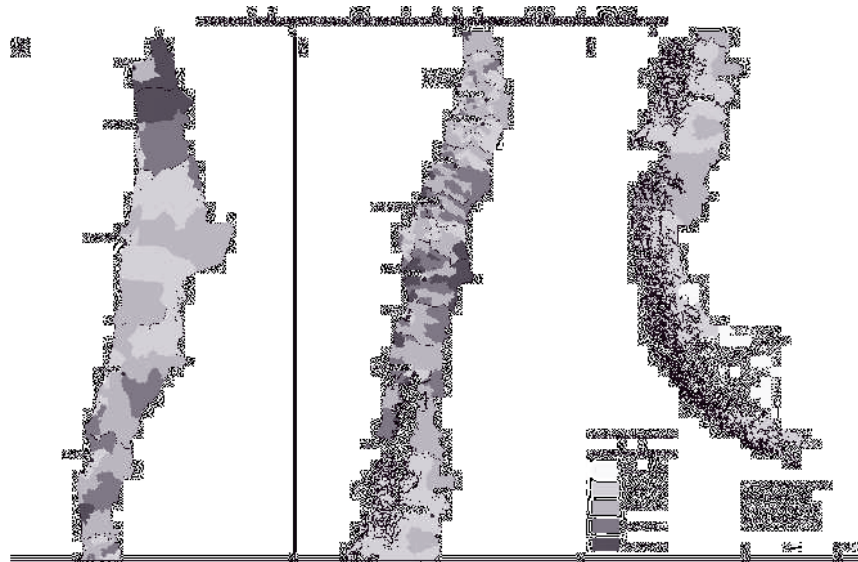
Hay que considerar desde ya que gran parte de la población que habita en el entorno de la Patagonia interior es urbana o vive en asentamientos urbanizados. Esto implica que buena parte de las problemáticas que afectan a estos habitantes es de índole urbana. Quienes aún habitan la ruralidad e intermedios están afectados principalmente a migración hacia las urbes. Entre los múltiples motivos que los movilizan está la búsqueda de un imaginario de bienestar asociado a la seguridad de hacerse de bienes básicos (agua potabilizada dentro de la vivienda, sistema de salud, educación, acceso a retail, etc.), pero principalmente profesionalización, trabajo asalariado y el reconocimiento social que ello conlleva. Todos estos elementos no se encuentran o solo se expresan fragmentariamente en lo rural, pues los servicios de bienestar se tienden a concentrar en las ciudades. Es por ello que la dinámica de identidad y naturaleza (hostil, pero

sana; aislada, pero única, etc.) se reproduce imaginariamente desde entornos que paradójicamente son urbanos.

Tenencias y no tenencias: problemáticas de pobreza y activos presentes en este TBC

La pobreza en la Patagonia es compleja. Se vive rodeada de naturaleza, nicho en el que las personas observan cómo se genera una riqueza que no participa de sus experiencias de vida. La canasta básica familiar se dispara con creces en territorios aislados donde no hay trabajo y tampoco oportunidades para generar dinero (Ortiz, 2016). Al observar la distribución de la pobreza multidimensional a nivel país se advierte un panorama en apariencia menos crudo que en la zona centro y norte. Sobre todo en Magallanes, que tiene cifras excepcionalmente bajas (Mapa 2).

Mapa 2. Pobreza multidimensional a nivel nacional (a partir de datos de Casen 2017)



Fuente: Correa, 2020.

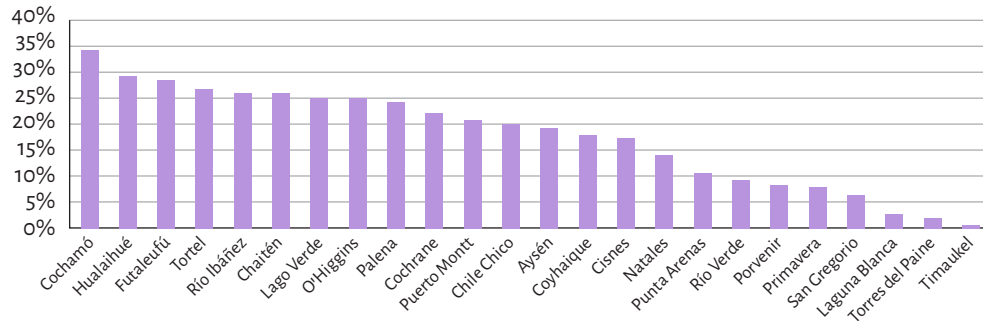
El problema es que a esta escala las innumerables localidades aisladas —contenidas en comunas con porcentajes regulares o bajos— son invisibilizadas. No es lo mismo vivir, por ejemplo, en Coyhaique, con un 18,1% de pobreza multidimensional (en un entorno urbano que concentra la estructura de oportunidades público-privada de la región de Aysén), que vivir en Ñirehuao, dentro de la misma comuna, donde el nivel de carencias es tal que sus habitantes han llegado a no pensar en un futuro posible y a sentir que no existen pues son siempre los últimos en enterarse —y en perder— las posibilidades que se distribuyen en la comuna.

“Por ejemplo, hace como una semana atrás nos informaron de un proyecto de ocho millones de pesos... ¡y nos avisaron una semana antes!... ¿qué íbamos a hacer acá? Porque todo hay que hacerlo por online y no se puede, por lo mismo... por la señal... no se puede hacer [...] siempre es como que llegan justo al momento: falta una semana o tres días que se cierra el proyecto y ya quedamos fuera”

(mujer de Ñirehuao, entrevista semiestructurada, 2019, en FSP, 2020, p. 111).

Una mirada sobre los niveles de pobreza multidimensional a escala comunal de las tres regiones revela que las tasas más altas se concentran en la región de Los Lagos (Cochamó con 34,1%, Hualaihué con 29,4% y Futaleufú con 28,7%). Esto es paradójico pues su conectividad con el resto del país es mucho más expedita. Por cierto, de las tres regiones, Los Lagos es la que presenta la tasa más alta, con un 25,5% (segunda a nivel nacional). Después surgen comunas de la región de Aysén como Tortel (27,3%) y Río Ibáñez (26,9%), en un contexto regional que presenta un 19%, bastante por debajo de las cifras anteriores. Recién en el número 16 de esta lista aparece una comuna de la región de Magallanes: Puerto Natales, con apenas un 14,1%, y en el extremo Torres del Paine y Timaukel con 1,8% y 0,6% respectivamente. De todas formas, la región posee un porcentaje bajísimo respecto de la cifra país: 10,8% versus el 20,7% nacional (Casen, 2017) (Gráfico 1). Es muy importante indicar aquí que la encuesta señalada genera solo estimaciones para las comunas de Primavera, Timaukel y Torres del Paine debido a su alto aislamiento.

Gráfico 1. Porcentaje de pobreza multidimensional en las comunas de la Patagonia interior

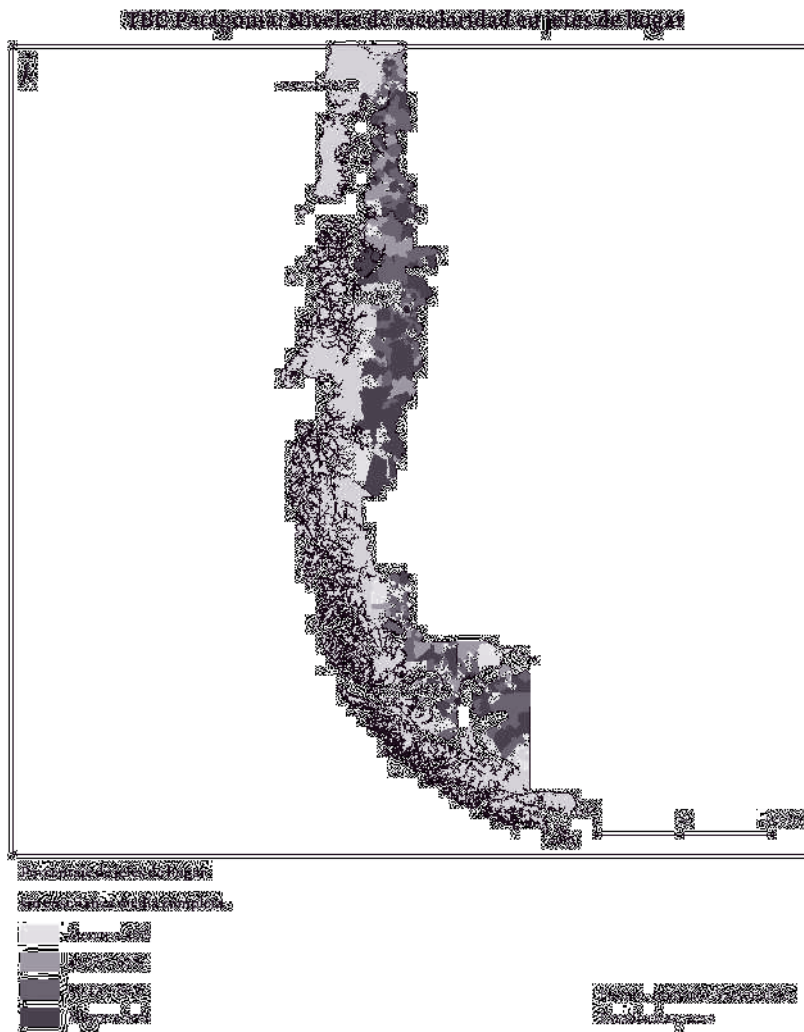


Fuente: elaboración propia.

La dimensión educación de esta medición multidimensional revela las mayores carencias (Mapa 3). En 2017, a nivel nacional un tercio de los hogares (29,4%) presentaba a uno de sus integrantes mayores de 18 años sin haber alcanzado los años correspondientes de escolaridad según lo establecido por ley en relación con su edad. Pero al analizar este indicador en el TBC Patagonia interior se puede apreciar que este porcentaje se incrementa: en los entornos urbanos demuestra un 36,3% hogares afectados y en la zona rural la cifra se eleva a 41,2%. En la dimensión salud, a nivel nacional el indicador con porcentaje más alto de carencia es la falta de adscripción a un sistema de salud (5,4%), pero en este TBC manifiesta, en su zona rural, un 11,5%. En la dimensión trabajo el indicador donde los hogares presentan mayores niveles de carencia a nivel nacional es seguridad social³ (30,7%), pero en este TBC el porcentaje se incrementa a 41,5% en las zonas rurales. En la dimensión vivienda y entorno el indicador con porcentaje más alto de carencia es habitabilidad, con un 18,8% a nivel nacional. En este TBC este valor muestra un 17,0%, pero en su zona rural existe un importante porcentaje de hogares (32,9%) que son carentes de servicios básicos. Finalmente, la dimensión redes y cohesión social presenta a nivel nacional mayores carencias en trato igualitario (13,7%) y seguridad (12,0%), pero en este TBC el porcentaje baja a 7,8% y 1,1% respectivamente.

³ Hogares donde uno de sus integrantes de 15 años o más se encuentra ocupado y no cotiza en el sistema previsional y no es trabajador independiente con educación completa.

Mapa 3. Porcentaje de jefes de hogar sin enseñanza media completa

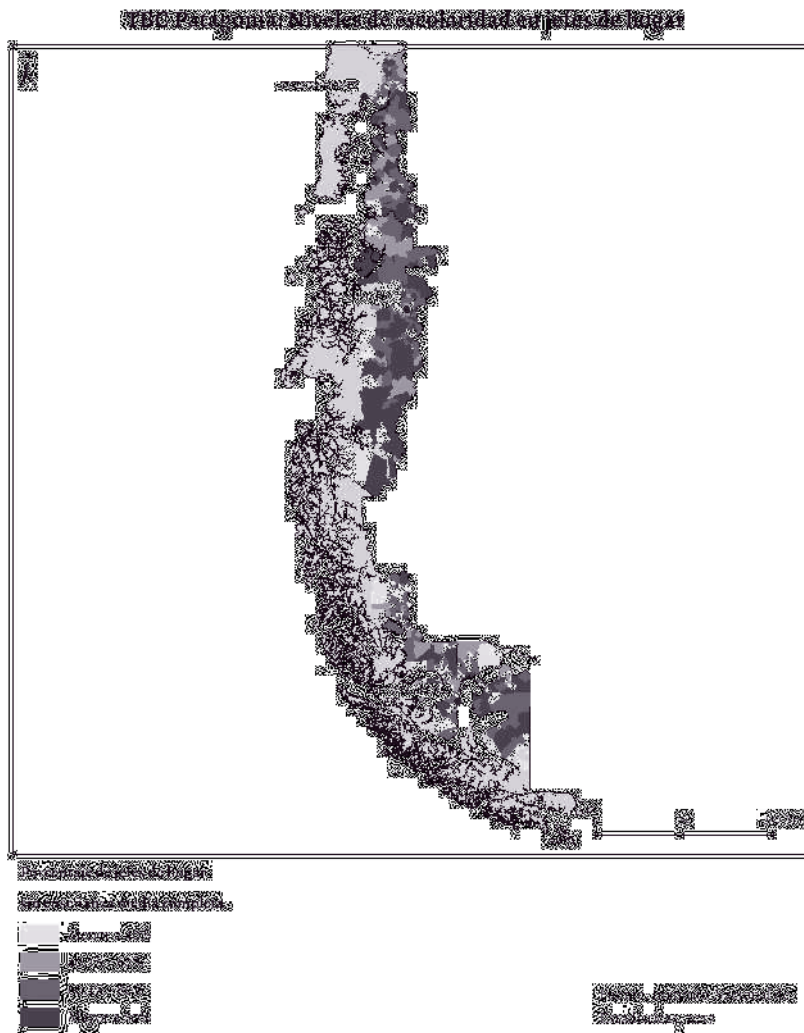


Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas, 2017.

Un aspecto llamativo es que a escala de medición de pobreza por ingresos este TBC está en una posición elevada respecto de otros territorios bioculturales del país. La cifra nacional es de 8,6%, pero en estas regiones tiene manifestaciones diferenciales: Los Lagos demuestra un porcentaje superior, con 11,7% de pobreza, pero Aysén (4,6%) y Magallanes (2,1%) tienen tasas menores. Por cierto, este TBC es el segundo territorio con mayores ingresos (\$851.248 autónomo y \$892.803 monetario), pero aún debajo del promedio nacional (\$915.484 autónomo y \$946.597 monetario). En este TBC el ingreso autónomo representa el 76,5% de los ingresos totales del hogar. Es decir, 23,6% de los ingresos provienen de subsidios o del alquiler imputado⁴. Además hay carencias que resultan paradójicas, como el agua: se trata de un territorio codiciado a nivel nacional por la abundancia de este elemento (Martínez, 2018), pero que presenta carencias significativas en su acceso familiar (Mapa 4). Tan solo el 51,7% de la población rural de Aysén tiene acceso a agua potabilizada mientras que la otra mitad debe hacerlo accediendo principalmente a ríos, vertientes o esteros (al menos un 80%, mientras el resto lo hace principalmente a partir de pozos y norias), al tiempo que en Magallanes solo el 41,6% tiene acceso a agua potabilizada (casi un 45% depende de ríos, vertientes o esteros y aproximadamente un 35% de pozos y norias) (Amulén, 2019).

⁴ El precio que el propietario de la vivienda pagaría por ella en caso de que fuera inquilino de la misma.

Mapa 4. Brecha de acceso al agua potable en hogares del TBC Patagonia interior



Fuente: Correa, 2020.

Grupos humanos presentes en la Patagonia

Los grupos humanos son agregaciones humanas que forman parte de un sistema comunitario mayor. Dicho de otro modo, una comunidad puede desagregarse en uno o más grupos humanos, los que se distinguen por que (i) las personas que los conforman suelen exhibir relaciones sociales de alta cercanía (pero hay excepciones), mantienen vínculos íntimos, generalmente directos y cotidianos, y mayoritariamente se conocen entre sí; (ii) generan identidades y habitus que les permiten autoconceptualizarse y producir distinciones perceptibles por otros. Es decir, por lo general las personas saben que pertenecen a un grupo humano específico. Son relativamente conscientes de los aspectos que las diferencian de los otros grupos que conforman la comunidad; (iii) comúnmente se organizan en unidades familiares y de vecindad. Esto quiere decir que los miembros de una familia suelen formar parte de un mismo grupo humano. Excepcionalmente puede que provengan de grupos diferentes. Las personas no forman parte de grupos diferentes solo por diferencias de género, discapacidad y/o edad; (iv) comparten una posición similar en la estructura social del lugar, ya sea por razones de índole económica, histórica, social o cultural; (v) los portafolios de recursos de cada grupo suelen evidenciar diferencias respecto a los de otros grupos humanos. Aunque hay casos en los que no presentan ninguna organización formal, los grupos suelen recrear diversas formas organizativas, pero un grupo humano no es equivalente a los miembros de una organización. También exhiben especificidades en materia de pasivos.

Reconocer la historia de los grupos humanos en un territorio permite comprender su presente y también contribuye a dibujar su horizonte futuro. Cada GH tiende a hacer uso del territorio característico que se configura en función del uso que las personas hacen de él. Por lo tanto, su delimitación más precisa exige un trabajo diagnóstico más o menos extenso, donde es fundamental descubrir los vínculos, dinámicas, significados y desplazamientos que realizan y construyen de él los grupos humanos. Comúnmente definimos un territorio por límites y extensiones, pero siempre son dinámicos, es decir, se van redefiniendo constantemente. Existen GH que son muy propios de cada TBC (por ejemplo, familias ganaderas que son propietarias de pequeños espacios de tierra, pero que anualmente acceden de forma común a veranadas) y hay otros que se presentan en varios TBC (avecindados, trabajadores estacionales que provienen de otras regiones, retornados, etc.).

Los GH que se listan a continuación se describen de modo general. Es habitual identificarlos a nivel de localidades en el contexto rural y en barrios en el contexto urbano. Suelen recibir denominaciones específicas y cambiantes en cada territorio o localidad específica. No siempre se encontrará a todos estos grupos. Incluso a veces puede que aparezcan otros nuevos. También ocurre que a nivel local familias que originalmente pertenecían a grupos humanos diferentes se fusionan en uno solo bajo el alero de una identidad territorial asociada a una denominación gentilicia (por ejemplo, pequeños ganaderos y vecindados de amenidad se fusionan en una identidad mayor por una causa común, como sucede con la defensa de ríos u otros elementos del paisaje ante la amenaza industrial). En otras ocasiones un grupo humano se puede subdividir en identidades gentilicias diversas de acuerdo a la posición geográfica que experimenta en el territorio: estar más cerca o no de la ribera de un río, lago, etc.

La heterogeneidad de la Patagonia interior está invisibilizada por un imaginario que la reduce a extensiones de pampas y un arquetipo baqueano. Esto impide dar cuenta de que buena parte de la población actual es residente de entornos urbanos y sus vidas dependen de trabajos asalariados comunes al resto del país. Por cierto existen GH asociados a la ganadería cordillerana y labores forestales, los que utilizan preferentemente los valles fluviales y costas lacustres para movilizarse y desarrollar prácticas productivas; otros grupos transitan cotidianamente entre lo forestal-ganadero y oficios menores ligados a la prestación de servicios en contextos urbanos. Y otros dependen laboralmente de la venta de su fuerza de trabajo en estancias ganaderas o empresas que realizan obras públicas.

Existe una historia relativamente común en todos estos grupos: en su mayor parte provienen de procesos migratorios ocurridos principalmente a fines del siglo XIX y principios del XX. Si bien inicialmente se instalaron en las mejores tierras fueron afectados por políticas de colonización promovidas por el Estado en favor de grandes empresas, lo que se tradujo en el “corrimiento” forzado de miles de familias hacia valles y laderas menos productivas que las tierras que habían ocupado originalmente. Esto forma parte principalmente de la historia de la mitad norte de este TBC, pues en el extremo sur, en Magallanes, las estancias simplemente no permitieron a los colonos establecerse en el territorio, y aún a fines del siglo XIX los habitantes de puertos como Punta Arenas seguían considerando la tierra adentro como un espacio imaginado (Grace y Campbell, 2021).

Hoy en día es posible distinguir transversalmente en este TBC algunos grupos humanos que recurrentemente surgen en procesos diagnósticos (por ejemplo, los desarrollados por equipos profesionales Servicio País):

- Grandes propietarios/estancieros/hacendados: existen dos variantes: descendientes de colonos europeos del siglo XIX y XX, y chilenos de altos ingresos con intereses conservacionistas/turísticos. En general establecen escaso vínculo con otros GH y juegan un rol importante y obstaculizador al adquirir grandes extensiones de tierras sin que en ellas puedan desarrollarse actividades colectivas (como veranadas, recolección, etc.).
- Ganaderos menores: sus familias se dedican prioritariamente a dicho trabajo/cultura sin ser grandes propietarios. Han trabajado por generaciones como asalariados/inquilinos/trabajadores y poseen una fuerte influencia gaucha y chilota. Tienen vínculos de parentesco o históricos entre sí que refuerzan su autoidentificación y arraigo con la Patagonia. Su economía depende de la crianza y venta de ganado bovino y en menor escala ovino, extracción y venta de leña, etc., que les permite una pequeña capacidad de ahorro, pero sin poder acumular, en general, capital más allá de la propiedad de la tierra e infraestructura básica. Es por ello que frecuentemente son dependientes de sistemas de apoyo financiero y asistencial por parte del Estado. Antiguamente podían movilizar su ganado de manera autónoma hacia veranadas, situación que hoy ha sido bloqueada por la privatización de enormes extensiones de tierra para fines de conservación (pública y privada). La labor mencionada se complementa con horticultura familiar, actividades productivas menores (artesanía, elaboración de productos alimentarios, turismo, etc.) y la venta ocasional de fuerza de trabajo informal (trabajos forestales, limpieza de terrenos, etc.). Poseen una alta dispersión demográfica y muchos de ellos han comenzado a radicarse junto a vías vehiculares o asentamientos urbanos en crecimiento, pero en contextos rurales.
- Un importante GH en este TBC está compuesto por la población urbana que habita asentamientos situados en torno a vías vehiculares como la carretera austral. Internamente posee matices que tienen que ver principalmente con su origen. Sus integrantes establecen un vínculo indirecto y oscilante con los extensos espacios rurales que se activa respecto a actividades puntuales (como vínculos con familias que habitan en el campo, participación en actividades productivas o recreativas en lo rural, ocasionales labores

productivas informales —por ejemplo, extracción de leña, hongos, etc.— o como jornaleros en obras públicas —oficio intermitente pero valorado—. En este grupo opera fuertemente la búsqueda de trabajo asalariado dentro del radio urbanizado. Son además fuertemente dependientes del rol asistencial de los gobiernos locales.

- **Avecindados de amenidad:** constituye un grupo de movilidad histórica relativamente reciente, cuya mayor expresión está en parejas jóvenes que actúan como operadores turísticos locales. En este caso, con frecuencia expresan imaginarios sobre cómo se debe vivir en la Patagonia que no siempre coinciden con los imaginarios locales. Por ejemplo, respecto a cuáles son las prioridades locales o las estrategias para enfrentar siniestros y amenazas. A pesar de ello representan una oportunidad para estos territorios pues cargan un portafolio de conocimientos, redes y recursos más amplio que el de las familias y comunidades locales, por lo que juegan un importante rol de reactivación socioeconómica y cultural. Sin embargo poseen matices internos: están aquellos que participan activamente en la comunidad local, respetando la idiosincrasia de sus habitantes, incorporando a sus hijos en las escuelas, asistiendo a las postas, etc. Pero también están los avecindados de “no amenidad”, quienes forman grupos cerrados y lucran con empresas que establecen escaso o nulo vínculo con lo local, usando los espacios y recursos exclusivamente para fines privados (por ejemplo, resorts o empresas de turismo exclusivo que traen a sus turistas y cubren todas sus necesidades sin necesitar de las familias locales). El mayor problema con estos últimos es que poseen capital suficiente para imponer sus imaginarios y desplazar a los habitantes por medio de la adquisición de la tierra o capturando y clausurando las posibilidades de que más personas aprovechen la estructura de oportunidades privada ligada al turismo.

- **Retornados:** con frecuencia se trata de jóvenes locales que salieron a estudiar fuera y vuelven a vivir al territorio. Son capaces de valorar y reconocer las potencialidades que tiene el paisaje, el estilo de vida, la geografía humana y cultural de estos pequeños poblados. Su propósito es generar las condiciones para regresar y mantenerse en estos pueblos y asentamientos, sosteniendo un nivel de vida adecuado por medio de actividades económicas y productivas principalmente autosustentables. Son agentes dinamizadores en los territorios y revalorizadores de la cultura. Se les distingue de los colonos porque al salir y estudiar fuera modifican sensiblemente su capital

humano, y su identidad personal y social se transforma al punto de ser reconocidos como diferentes por sus pares.

- Comunidades indígenas: son actores que teniendo un arraigo ancestral son estigmatizados como “actores recientes” (o más crudamente, “recién llegados”) para el Estado, pues se les ha reconocido su identidad desde hace tan solo unas décadas (Ley Indígena N°19.253). Se trata en este caso de asociaciones y comunidades mapuche y williche que explicitan consideraciones cosmogónicas propias que deben ser consideradas seriamente por el rol que pueden cumplir o ejercen en procesos político-territoriales y ambientales.
- Finalmente se advierte una multiplicidad de grupos humanos de menor visibilidad en el entorno de la Patagonia interior, pero que circunstancialmente operan como potenciadores u obstaculizadores en procesos de desarrollo local: cuadros administrativos (funcionarios públicos); trabajadores asalariados ligados a industrias extractivas u obras públicas con alta movilidad (por ejemplo, trabajadores que participan de la construcción de caminos, puentes, etc., y que tienen un impacto importante en el tejido relacional local, en la competencia por acceso a labores asalariadas, circulación de dinero, problemas de seguridad, etc.); y grupos asociados a movilidad turística (turismo masivo, turismo exclusivo, etc.). Estos últimos son relevantes en la Patagonia interior debido a que en temporada alta consumen recursos y servicios locales más allá de las capacidades (por ejemplo, haciendo colapsar los sistemas de alcantarillado) y tensionan la delicada sustentabilidad de estos territorios (por ejemplo, con el uso insustentable de agua, etc.). Entre ellos se cuentan los migrantes internacionales, con comportamientos oscilantes de movilidad, etc.

Ahora bien, si se hace un zoom a escala local, los grupos humanos adquieren matices particulares. Por ejemplo, en Puerto Ramírez, en la región de Los Lagos, casi en el límite con la región de Aysén, es posible observar:

- Agricultores de carácter familiar campesino (símil a ganaderos menores): los grupos vinculados a la agricultura familiar campesina son los que absorben la mayor proporción de la mano de obra local (un tercio de la población ocupada). Se trata de unidades domésticas que habitan de forma dispersa el territorio. Si bien son poseedores de tierras no generan alto capital con la venta de animales, los que venden principalmente como terneros a inter-

mediarios que los llevan a los valles de Llanquihue y Osorno para engordar. En su mayoría reproducen sus unidades domésticas con estrategias de subsistencia y observan que su modo de vida se encuentra en peligro debido a la expansión de normativas como la Ley de Bosques, la pérdida de sus derechos de agua y finalmente porque no logran retener a la población joven. Esto genera un proceso de despoblamiento constante e ininterrumpido. Es especialmente compleja la ausencia de oportunidades para las mujeres. Lo interesante de este grupo es que corresponde a la población colonizadora, poseedora de la identidad y modo de vida tradicional (con un cúmulo de aprendizajes históricos en su relación con los otros-que-humanos).

- Nuevos sujetos rurales – los vivientes (categoría no considerada a escala global en este TBC): se define “vivientes” a aquellos campesinos que venden sus tierras, pero se mantienen en el lugar trabajando como cuidadores asalariados de sus nuevos patrones. Corresponde a una de las formas más alienadas de modos de vida local. Rodríguez y Sáenz (2015) señalan que: “[...] hay que diferenciar entre campesino y viviente. El primero aún produce para vivir, el segundo vive en el campo, pero ya no produce, no tiene tantas gallinas, ni animales, ni huerta. Sólo vive en el lugar con dinero” (Sáenz, 2015, p. 120).
- Nuevos migrantes (símil a vecindados): corresponden a las nuevas familias que se instalan en el lugar, en su mayoría con mayor educación que la población local. Tienen hijos que dan esperanza para contener el despoblamiento. En general se trata de asalariados que a diferencia de los colonos demandan mejoras en los servicios públicos como la escuela, salud, etc. Su presencia en algunos microterritorios es mayor a la de los pobladores locales.

Resulta interesante advertir que se trata de un tejido relacional altamente sensible y dinámico entre sí, lo que repercute en los descendientes de colonos (agricultura familiar campesina) que aún se sostienen en este TBC. Entre las manifestaciones de este impacto es pertinente tomar en cuenta el pasado y el presente de este último grupo humano a partir del análisis que hace Sáenz (2015).

Tabla 1. Elementos territoriales que afectan el habitar del grupo humano de agricultura familiar campesina

Circuitos/Elementos	Lo percibido	Lo concebido	Lo vivido
Tradicional	Campo y monte: actividades agropecuarias tradicionales.	Territorio desvinculado del desarrollo nacional.	Naturaleza amenazante.
Minero-energético	Participación de localidades en tres niveles escalares: local, capital nacional, mercado mundial.	Recursos disponibles y flexibilidad jurídica.	Recursos no explotados disponibles. Patagonia como mercancía.
Medioambiental	Movimientos sociales e internacionalización de conflictos socioambientales.	Ecosistema en amenaza.	Reserva de la biósfera.
Inmobiliario	Terciarización de actividades rurales para cambio de uso de suelos.	Paisajes únicos y flexibilidad jurídica para cambio de uso de suelos.	Potencial de plusvalía por cambio de uso de suelo. Patagonia como marketing.
Nuevos migrantes	Terciarización de actividades rurales.	Territorio en amenaza por la modernidad. Mayor acceso a la propiedad.	Refugio no urbano ante la sensación de crisis de la modernidad.

Fuente: elaboración propia a partir de Sáenz, 2015.

Ahora bien, en este escenario es importante identificar cuál de estos grupos humanos juega un rol preponderante en la activación y desenvolvimiento de las capacidades territoriales y humanas, cohesionando a los demás grupos. A este actor —que ya existe en el lugar— lo denominamos grupo ancla. Es el GH que presenta mayor capacidad de agencia entre los grupos. Suele presentar un portafolio biocultural relativamente más amplio/rico que el resto, más simbiótico con el medio ambiente del lugar. En su seno suelen existir organizaciones y liderazgos más sólidos o al menos cuenta con una rica memoria asociativa.

De todos los grupos humanos listados, los que parecen sostener una relación más estrecha con el patrimonio biocultural del territorio son los ganaderos, comunidades indígenas, retornados y organizaciones de base que habitan en

asentamientos urbanos dentro de la Patagonia (por ejemplo, juntas de vecinos y comités). El grupo ancla del territorio suele estar entre ellos, pero es un aspecto a discutir y deliberar caso a caso. Cabe recordar que el GH ancla debe evidenciar capacidad de agencia y/o un portafolio biocultural potente. Asimismo, las formas organizativas más probables son las juntas de vecinos, figuras organizacionales indígenas asociadas a la Ley N°19.253 y también figuras no reconocidas por el Estado pero legítimas para los pueblos originarios (comunidades tradicionales), y organizaciones basadas en la solución de necesidades, básicamente comités. Eventos significativos transversalmente también permiten visibilizar grupos ancla. Por ejemplo, durante la movilización regional de Aysén o la de Magallanes, las motivaciones fueron necesidades básicas insatisfechas que tuvieron distintos rostros a medida que evolucionaban. Sin embargo, en ambos casos hubo predominancia de habitantes urbanos (en directa relación con sus necesidades), pero que no tuvieron la misma visibilidad nacional e internacional que habitantes rurales y organizaciones ecológicas (Pérez, 2014).

Si se toma nuevamente como caso a Puerto Ramírez para contrastar esta evaluación es posible identificar a las familias que desarrollan agricultura familiar campesina como grupos humanos ancla. Si bien no poseen el portafolio relacional y de capacidades que tienen los avecindados y retornados, poseen un arraigo con el lugar que sobresale y que sirve de soporte para la energía desplegada por los otros dos GH mencionados. Tienen fuertes lazos de parentesco por sector y se autoidentifican “campesinos” o “pobladores”. Forman parte de comités campesinos y de la Unión Comunal de Campesinos, mientras que otros han asumido una organización y redes propias del turismo rural (comités). La dimensión de pobreza y vulnerabilidad en ellas puede entenderse en relación con la cultura campesina como estrategia de supervivencia, ya que sus campos no son capaces de aportar más de lo que valen en la especulación de tierras y lo que proveen orientando los esfuerzos del grupo familiar para la producción local (autoconsumo y bajos excedentes para venta menor).

Su vulnerabilidad es significativa, ya que como unidades domésticas les cuesta sobremanera sostenerse en sus espacios de vida, tendiendo a la migración o venta de sus predios para convertirse en “vivientes”. Se trata de familias que descienden de la colonización histórica y que si han permanecido es porque han logrado un nivel de arraigo mayor y por vínculos familiares que devienen en su capital más significativo. Para el caso de Puerto Ramírez se trata de al menos

cuarenta familias poseedoras de tierras por colonización original. Sin embargo los “vivientes” han vendido sus derechos a pesar de que pueden permanecer viviendo sin producir la tierra. Desarrollan agricultura y ganadería familiar con expresiones como huertas para consumo doméstico mientras los predios más amplios son utilizados para el forraje de ganado. A propósito de ello se sienten amenazados por la reforestación que está ocurriendo bajo protección legal, pues reduce sus antiguas zonas de pastoreo. Se trata de una de las controversias más complejas de este escenario patagónico, ya que se asume per se que la ganadería basada en satisfactores tradicionales es incompatible con el bienestar de los bosques.

Siniestros socioambientales y reemplazo de cosmovisiones

La historia de la Patagonia interior podría ser señalada como la historia de una frontera interior, “invertebrada” del resto del país tanto por su condición geográfica como por las externalidades negativas del modelo estatal altamente centralizado (Ther-Ríos et al., 2021), que opera coordinadamente con el modelo de desarrollo imperante. Esto provoca siniestros socioambientales que son contrastantes con los modelos de vida formados en interrelación con los ecosistemas locales. Los más afectados son siempre quienes tienen menos posibilidades de decisión sobre el destino de sus territorios (Liberona, 2021).

“Los conflictos socio-ambientales por la tierra y sus recursos, se representan como una contraposición de visiones de mundo en que se debaten, al menos, dos modelos mentales y sus respectivos modos de uso de los recursos. Uno extractivo y productivo industrial, sectorizado, dirigido y favorecido, principalmente, por el Estado y llevado a cabo por grandes terratenientes y empresarios que suman una notable inversión extranjera, con foco en un mercado global, sin mayor consideración hacia las consecuencias sociales y ecológicas locales. Y otro modelo, llevado a cabo por habitantes locales, principalmente de pequeña escala, en torno a la subsistencia y el comercio local”

(Ther, 2021, p. 1).

Como se señaló previamente con una historia de poblamiento que fue invisibilizada: “[...] Terra Nullius, que como tierra de indios era equivalente a tierra de nadie, susceptible de ser explotada” (op cit., 6). Ellos fueron la mano de obra

que prendió fuego a las montañas, transformando una práctica cultural controlada —que traían consigo dentro de su portafolio de saberes bajo la lógica de roces— en una práctica que se descontroló y que solo benefició a los grandes propietarios y sus negocios externos (Sáenz, 2015), y que era obligatoria si querían que el Estado no los erradicara: no por nada la Ley de Colonización de 1937 obligaba a cada familia de colonos a deforestar 120 ha como compromiso de reconocimiento de los terrenos que querían habitar (Ther-Ríos et al., 2021). Tómese en cuenta que lo mismo sucedió, por ejemplo, con los navegantes chilotos e indígenas por los canales australes tras las pieles: de haber tenido un uso pretérito controlado sobre especies de mamíferos marinos (para autoconsumo y uso práctico de pieles o para intercambio y comercio menor) pasaron a ser agentes que casi extinguieron a lobos marinos y nutrias para abastecer a una industria que les pagó magramente. ¿Cómo es posible que las mismas personas que sostuvieron relaciones equilibradas con otros-que-humanos fuesen las mismas que después causaron tanto perjuicio? No se trata solo de un asunto de acceso al dinero en un escenario y modelo de vida que difícilmente lo provee, sino de cambios profundos en la forma de concebir al mundo y a los humanos en este.

Se trata de un proceso de reemplazo forzado de cosmovisiones y ontologías, impulsado por la presión que ejercieron normas nacionales que orientaron los modelos de vida hacia un solo camino: extraer y transformar la naturaleza en mercancía. Esto implicó readecuar la dimensión existencial de las cosas —lo ontológico— y lo que podía y debía hacerse con ellas —lo cosmogónico— (Escobar, 2014; Degnen, 2018; Blaser, 2019), fenómeno que permitió normalizar la desconexión con los bosques y múltiples especies para convertirlas básicamente en recursos, instalando con fuerza el régimen de la ontología naturalista que nos domina en la actualidad y que nos separa dicotómicamente de la naturaleza (Skewes, 2019). Dado que el abandono de las cosmovisiones y ontologías relacionales previas ocurrió bajo la presión de políticas de Estado, en la Patagonia interior se puede hablar de siniestros socioambientales “normativos” (Alvarez et al., 2019): “[...] la imposición de sistemas de normas sobre los bienes comunes que detonan transformaciones profundas en los sistemas locales, que afectan tanto a las poblaciones humanas como al ecosistema” (Araos et al., 2019, p. 89).

Las instrucciones fueron quemar a tala rasa, dejar que el fuego se expandiera libremente sacando a la naturaleza —como obstáculo— del suelo y sembran-

do en este los futuros pastizales que permitirían convertir a este lugar “hostil” y “desaprovechado” en una potencia ganadera. Al mismo tiempo, en las praderas preexistentes (Fotografía 2) se “corrió” a guanacos, ñandúes y seres humanos. Esto transformó a la región de Aysén, antes de que fuese región, en un incendio intermitente que duró décadas: “Cuando alguien que viene de afuera pregunta ¿y cuándo fue el incendio de Aysén? debemos inmediatamente replicar que la pregunta debería plantear ¿y cuándo fueron los incendios? ya que efectivamente hubo cerca de mil” (Aleuy, 2012, p. 183). El mismo autor incluye el relato de un habitante que rememora un gran incendio en Aysén y que revela que las víctimas fueron ellos mismos y sus escasos bienes y “mejoras”:

“Cuando ardían los bosques... eso era como el infierno. Un día empezó un gran incendio allá en Puerto Aysén y se vino a apagar como medio año después en Puerto Ibáñez, con la gente arrancando a la orilla de los ríos, si hasta la tierra parecía que ardiera también y los animales morían quemados” (op cit., p. 235).

Fotografía 2. Pampas en la región de Magallanes otrora pobladas por fauna silvestre y pueblos indígenas



Fotografía: gentileza del equipo regional de la Fundación Superación de la Pobreza Magallanes, 2020.

La posibilidad de haber generado un proceso de habitabilidad basado en una coevolución (Norgaard, 2006) con la naturaleza se vio truncada por la imposición y normalización de un entorno amenazante (imaginario reforzado por narrativas que eran construidas en el centro político-administrativo del país) (Núñez et al., 2017), en el que las especies eran agentes dañinos (por ejemplo, las langas⁵ impedían el pastaje de los animales; los caranchos⁶ solo vivían para sacarle los ojos a las ovejas, etc.). De esta forma, el mismo discurso desplegado por el Estado en otros territorios diagnosticados como aislados fue exitoso y se aprovechó de la situación de pobreza e incertidumbre que embargaba a estas familias de colonos. Por cierto, la coevolución puede ser observada cuando la biografía de un pueblo se ha construido en una interacción relacional con las especies y elementos que forman su hábitat, lo que da como resultado una biografía biocultural: por ejemplo, las plantas se comen y/o sanan, pero también interactúan con las personas y pueden verse afectadas—tanto como los humanos— por la “envidia”, como sucede en la ruralidad con las flores en un jardín cuando se marchitan después de haber sido alabadas por una vecina.

Algunas reflexiones sobre género y ruralidad en la Patagonia

En la Patagonia interior existe un ideario arquetípico desde el que se levanta la población reciente: la estancia. Este modelo de producción agropecuaria fue la forma más rápida de ocupación espacial para un Estado que recién se daba cuenta de que era poseedor de más de veinte millones de hectáreas en el territorio austral. El territorio se segmentó en grandes espacios y fue asignado extraterritorialmente a unos cuantos inversionistas, cuyas casas matrices se ubicaban en el centro geopolítico del país. A diferencia de Los Lagos y Aysén, en Magallanes la estancia ha perdurado como institución, aunque en la actualidad se encuentre en una profunda crisis debido a la menor importancia del rubro agropecuario en el modelo de desarrollo extractivista que promueve el país desde 1980.

⁵ *Nothofagus pumilio*

⁶ *Caracara plancus*

El efecto de este modelo de desarrollo inicial, basado en estancias, sigue ejerciendo un impacto en la Patagonia interior, ya que siguen primando formas de relación social que priorizan a hombres para faenas extrahogareñas (hacheros, puesteros, tumberos, mineros, pamperos, jornaleros y militares, entre otros). Históricamente gran parte del territorio patagónico fue ocupado por hombres durante largo tiempo, en un contexto en el que difícilmente se daban condiciones incluso para que hubiese familias. No por nada en 1894 un periodista de apellido Spears señalaba que Punta Arenas solo contaba con dos mujeres (Bascope, 2011) y que la Patagonia debía en realidad ser evaluada por su potencial como penitenciaría.

Las estancias eran establecimientos dedicados a la ganadería y que controlaban enormes extensiones de superficie. Sus propietarios no habitaban el territorio e implementaban una estructura altamente jerárquica que normalizaba la violencia y la desigualdad, lo que gatilló frecuentes asesinatos masivos de obreros (Bayer, 2009). Por otro lado, el impacto de la ganadería no consuetudinaria (basada en intereses industriales por lucro) corresponde a un modelo zoopolítico (Bascope, 2011) que alteró todo el ecosistema patagónico, incluyendo el exterminio de todo agente que pudiera ser una amenaza, fuesen guanacos o pueblos indígenas.

La estructura productiva de las estancias generó un modelo histórico de ocupación del territorio que promovía un índice de masculinidad altísimo en las zonas rurales, así como un bajo desarrollo de tipo urbano donde se ubicaba. Martinic (2006) ha indicado respecto al modelo de la estancia que:

“En la medida que el progresivo desarrollo de la actividad criadora lo requirió, las instalaciones debieron crecer en número y mejorar en calidad, como debió hacerlo necesariamente el personal de trabajo. Este, importa destacarlo fue si no total, abrumadoramente masculino y célibe en un principio, tanto porque la disponible era la mano de obra de ese género, gracias a la inmigración europea, cuanto porque los sacrificios, privaciones y riesgos que imponía el trabajo rural lo hacían inconveniente para las mujeres. Esta realidad se confirma con los antecedentes censales referidos a la composición de la población rural por sexos para 1906 (Censo Municipal del Territorio de Magallanes), que dan cuenta de la presencia de 2.061 hombres (77%) y 626 mujeres (23%), lo que sugiere una desproporción de sexos aún mayor durante el cuarto de siglo precedente”

(p. 8).

Pese a que el historiador no discute esta nula facultad de las mujeres para con los trabajos de la estancia, llama la atención la imposición de un modelo de trabajo que construye una identidad masculina “disponible a la mano de obra y célibe”. Más al norte, en Aysén, una comisión del Censo de 1907 informaba la siguiente distribución poblacional.

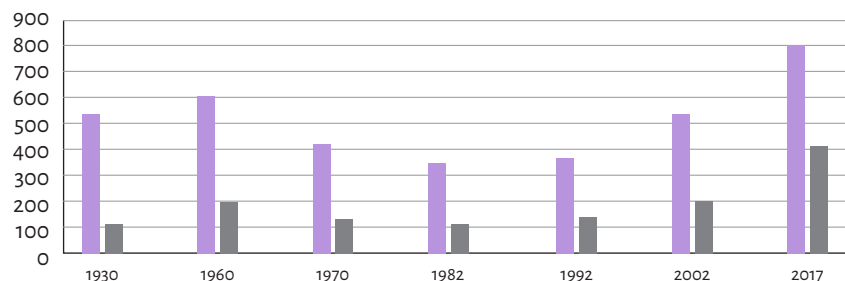
Tabla 2. Distribución poblacional por género en el año 1907

Provincia de Llanquihue	Hombres	Mujeres	Total
Aldea Aysén	226	72	298
Fundo Buenos Aires	73	65	138
Comarca Occidente (río Baker)	169	18	187
Totales	468	155	623

Fuente: Osorio et al., 2007.

Las comunas con mayor presencia de estancias, principalmente las de Magallanes (como Torres del Paine), tienen los mayores índices de masculinidad en la actualidad. El siguiente gráfico muestra la dinámica poblacional entre hombres y mujeres a través de distintos censos.

Gráfico 2. Evolución temporal de la población masculina y femenina



Fuente: elaboración propia a partir de los datos de los Censos de 1930, 1960, 1970, 1982, 1992, 2002 y 2017.

Por cierto, las oscilaciones que se observan en estas cifras revelan un efecto “golondrina” (Montiel, 2010; Saldívar, 2017), que operaba básicamente como impulsos repentinos y repetitivos que tenían como origen la apertura de oportunidades en la Patagonia, las que movilizaban a miles de campesinos (sobre todo hombres) tanto desde los archipiélagos como desde la frontera trasandina. Estas explosiones de movilidad se cerraban tan rápido como se abrían, y los viajeros retornaban nuevamente a sus tierras de origen con los escasos ahorros ganados. Por esta razón los colonos —quienes se quedaron y representaban unidades familiares— son un grupo humano distinto, ya que sus proyectos de vida eran implementar por sí mismos el habitar pensando en la estabilidad y el crecimiento familiar, habilitando los territorios con escuelas y otras obras de beneficio colectivo.

El modelo de las estancias no fue exclusivo de las actividades agropecuarias, sino que también fue propio de otros rubros económicos como la minería, y se les atribuye haber dado pie a las primeras urbanizaciones, de las que descienden las actuales grandes ciudades de la Patagonia aisenina y magallánica (Martinic, 2006).

“Está claro que la modalidad de trabajo rural impuesta por la actividad criadora ovejera extensiva desde un principio, a la que se sumó en el tiempo aquella propia de la minería extractiva y exploratoria, generó una tradición ocupacional signada por la masculinidad exclusiva, de partida nada favorable para la radicación poblacional de carácter integral, esto es con la presencia de familias. Ello se hizo patente, asimismo, con el surgimiento de conjuntos habitados en forma de cascos de estancia y factorías mineras o industriales con más visos de campamentos cerrados que de centros de vida abiertos, en que la permanencia, aun de plazo extendido, era esencialmente precaria, esto es, una circunstancia de transitoriedad que no iba con la radicación definitiva en un lugar. No habiendo centros poblados abiertos multifamiliares, no se consideró necesario -salvo rara excepción- dotar a esos centros laborales con servicios comunitarios (escuela, posta sanitaria, policía), y cuando estos se instalaron, en especial el último, se tuvo como fundamento determinante la protección del patrimonio de las compañías ganaderas. En buenas cuentas, el sistema nunca toleró medida alguna que alterara el status quo caracterizador, lo que habría ocurrido con aspectos tales como la dotación de servicios comunitarios, la disponibilidad de viviendas unifamiliares, la facilidad para ocupar terrenos pequeños con posibilidad de ser adquiridos en propiedad (inclusive para su utilización económica en cultivos y crianzas domésticos), condición esta esencial en todo proceso de radicación poblacional”
(p. 17).

Las extensas pampas australes representaron un modelo de acumulación de riquezas valorado para los estancieros que vivían a distancia, y modelaron el territorio en función de trabajadores solteros y solitarios sin acceso a grandes servicios, oponiéndose a la radicación de población que representaban las unidades familiares de colonos. En este proceso de poblamiento rural Martinic da cuenta de que esta insistencia arbitraria por hostigar a las unidades familiares contribuyó al despoblamiento:

“Por fin y tornando a considerar en su integridad el ámbito rural más allá de la modalidad de explotación económica, la modernidad y las exigencias derivadas de la aspiración legítima por una mejor calidad de vida han devenido paulatinamente una doble razón manifiesta de progresivo desarraigo para la escasa población residente, en especial para las mujeres, circunstancia que atenta seriamente contra los esfuerzos que se han planteado y procurado poner en práctica para aumentar el número de familias en los campos. La fuerza atractiva de las ciudades -de Punta Arenas en particular-, con su oferta de servicios variados, de comodidades, de facilidades para la adquisición de viviendas, de disponibilidad de colegios y de múltiples ofertas y expectativas de agrado y de promoción personal y familiar, conforman en conjunto una opción de vida ciertamente irresistible y difícil de contrarrestar”

(p. 18).

La construcción de un territorio masculinizado contribuyó a instalar formas de violencia rural que incorporaron comercio sexual y otros vejámenes, como cita la historiadora y escritora de Tierra del Fuego, Nelly Penazzo.

“Este proceder con la mujer, es propio de la Conquista del Desierto durante la cual la mujer india, como en el caso de Tierra del Fuego, es sustituida por la mujer blanca [...] Así que, junto a la tropa marcha, obligada o voluntaria, la mujer que se encarga de realizar las tareas que se consideran femeninas [...] y al mismo tiempo complacer sexualmente al hombre-soldado. [...] Con el tiempo, después de la limpieza étnica, se levanta el fortín o cuartel [...] junto a él se organiza el burdel, prostíbulo o escuelita, como se lo llama en el sur. El burdel concentra y aísla a la mujer del resto de la sociedad civil y protege de alguna manera a la niña de familia o casadera. [...] Con el tiempo, una amplia red organizada permite la explotación y traslado-rotación de las mujeres de un lugar a otro, en el extenso territorio de la Patagonia”

(Bascopé, 2011, p. 180).

Sin embargo hubo zonas en las que el modelo de la estancia no pudo consolidarse, tanto por la fronterización como porque los propietarios finalmente nunca aparecieron en los territorios. Mientras esto ocurría, las familias de colonos, errantes por la fuerza, continuaron buscando y ocupando los espacios disponibles, abriendo sendas, armando ranchas y dejando cualquier rasgo escrito en el paisaje que después pudiera servir como testimonio de su esfuerzo y de que ellos habían sido los primeros en trabajar allí. La diferencia entre este modelo y las estancias es que sus asentamientos espontáneos promovieron un tipo de habitar disperso espacialmente (estructurado principalmente en torno a ríos importantes) (Sáenz, 2015), y ante la falta de inversión pública reforzaron satisfactores colectivos, como las mingas, que les permitieron solucionar sus necesidades de conectividad, educación, salud, entre muchas otras. Las estancias, por el contrario, requerían de mano de obra sin apego con el territorio en cuestión y los sometían a tratos abusivos (mucho esfuerzo versus escasa paga), maximizando la producción para generar ganancias que no fueron invertidas allí, sino que, tal como el modelo extractivo actual que caracteriza a nuestro país, se fugaron muy lejos. Aunque, por cierto, sí hicieron algunas inversiones, pero privilegiando a capataces y personal extranjero con casas y clubes, mientras a los ovejeros los mantenían en galpones. En el proceso no dudaron en aplicar mano dura sobre cualquiera que exigiese garantías laborales (Montiel, 2010).

Fruto del periodo de colonización, diversas autoras—como Lorena Santibáñez (2001), Marta Montiel (2005), Alejandra Muñoz (2018) y más recientemente la memoria de Guisela Castillo (2019)—han abordado este poblamiento también como un proceso de construcción de identidad de género en las mujeres, que las convirtió en campesinas y dio cuenta de que ante la falta de insumos o tecnologías de asentamientos urbanos la vida campesina favoreció cierta igualdad de prácticas y no una mayor especialización sexista del trabajo. Por cierto, el sacrificio que se experimentaba nunca deja de sorprender:

“Cuando llegué a ‘Futa’ casi me morí de impresión. Era puro bosque. Los vivientes parecían salvajes; porque tenían siembras entre los coigües y se vestían con puros cueros de capón, para protegerse del agua. Cuando pudimos limpiar parece que me hubiera sacado un sombrero y podía ver el cielo. No, fue muy duro. Le juro que no quiero volver a ser joven de nuevo. No quiero ni acordarme de cómo fueron esos tiempos”

(Cecilia Gallardo, en Martinic, 2015, p. 375).

Podría indicarse que durante la colonización las mujeres pertenecientes a familias de colonos no se retraían al espacio doméstico (reproductivo y productivo), sino que participaban activamente en las faenas del campo (trabajo productivo). Es decir, una misma colona podía amansar caballos, encargarse del pan y además generar la presión política que desembocó en la creación de escuelas (Montiel, 2005). En Cochrane, en la región de Aysén, se menciona recurrentemente esta multiplicidad de funciones de las mujeres:

“Mi mamá hilaba en verano para hacer medias, para hacer mantas, cosechaba ajos, bolsas de ajos y chalotas, hacía longanizas... en abril carneaba una vaca y hacíamos longaniza para todo el invierno”

(Montiel, 2005, pp. 45-46).

Por otro lado, el uso del caballo tampoco se restringió a los hombres.

“El trabajo más grande que tenemos con la Valeska, es el trabajo de la parición de las ovejas porque, ella es la que sufre más porque yo me quedo aquí viendo las vacas y ella sale de a caballo. El mes de octubre viene con escarchilla o lloviendo y tiene que salir igual, por fuerza, si no se mueren los corderitos... el año pasado salvamos la mayoría de los corderitos debajo del galpón. Teníamos que traer la oveja parida y meterle bajo el galpón y así, salvamos corderitos... nosotros le enseñamos como había que salvar corderitos cuando nacen, esas cosas ella las sabe porque nosotros se la enseñamos igual que cuando le toca atender partos de vaca, lo hemos hecho las dos, ella las enlaza y sujeta el lazo yo le he sacado el ternero, así hemos salvado animalitos nosotras”

(Santibáñez, 2001, p. 179).

“Cuando nos vinimos acá era todo abierto, no había divisiones, camino... había un camino a Ñirehuao que cuando uno pasaba a caballo le pasaban dando las ramas por las piernas. A caballo era nuestro vehículo, así de esa forma. Traficábamos por acá, por todo, hasta Coyhaique”

(Elisa España Aniñanco, en Muñoz, 2004, p. 87).

Muchas de las prácticas y formas de relación en este TBC son parte de un portafolio previo, traído en la migración por las pampas, la cordillera o el mar desde territorios tan lejanos como La Araucanía, la zona lacustre de Llanquihue o Chiloé. Dicho patrimonio no requería de un arraigo específico para ser manifestado con éxito, rasgo característico, en general, del modelo consuetudinario y la manifestación de la pluriactividad como estrategia de vida con fuerte énfasis en el “saber hacer”. Esta cualidad era y sigue siendo aprendida durante la infancia y

es parte de las actividades vitales de la familia y la comunidad, como la apertura de espacios en el bosque, la crianza de animales, la navegación, etc. Lo significativo es que el padre, en una geometría fuertemente jerárquica y patriarcal, era quien distribuía los esfuerzos.

"[...] yo hachaba como un hombre. Hachaba palos, cortaba palos grandes, porque cortar un palo nomás no es, hay que tener el has para cortar el palo, porque sí no... si lo corta por donde cayó, le puede golpear el palo a uno mismo... aprendí sola, mirando a mi papá. Porque yo hachaba, salía lejos a sacar leña, y se la llevaba a mi viejo para que corte en la casa, leña larga, en la casa la cortaba... la llevaba al hombro... los llevaba a la casa y el papá lo hacía leña, cuando fui de nuevo no tenían nada de leña, porque no podía ir a buscar, él ya estaba viejo"

(Ana Herminia Aguilante, en Muñoz, 2018, p. 77).

"Yo allá arriba en el campo tengo una casita. El papá nos enseñó a hacer cercos como se hacían las limpias pa' que no avance el fuego, y me enseñó a hacer canogas. Yo lo sé todo trabajo de campo, allá arriba en el otro campo tengo una casita pa' tener un recuerdo cuando el papá empezó a hacer la casa donde vivimos nosotros, de canoga, si, yendo pa' la Villa Castillo, compré ese adelanto yo allá, yo hice la cocina, me faltaron los clavos ¿y sabe cómo lo hice? Una tarjá así con el serrucho y la amarré con alambre y todavía no cae, hacen años ya que lo compré eso"

(Emérita Gajardo, en Muñoz, 2018, p. 93).

Los ejemplos son continuos, como sucede con la producción de tejuelas para el revestimiento de casas en zonas rurales de Coyhaique:

"El papá era muy mentolato [...] hacía tejuela, y nosotras íbamos a cortarle los metanes y después el cuspe... le sacaba el cuspe... él buscaba el Coigue, era todo Coigue, entonces cuando se le terminaba el trozo decía que cortáramos otro trozo, con la sierra otro trozo, las mujeres"

(Josefa Pérez Pinilla, en Muñoz, 2018, p. 33).

A pesar del autoritarismo revelado en estas memorias, la vida campesina permitió con el tiempo generar una relativa autonomía de las mujeres, quienes tejieron sus propias estrategias económicas. Por ejemplo, una mujer rural de la comuna de Coyhaique refiere:

“Nos llevábamos muy bien en esas cosas... yo por ejemplo, las ordeñas eran mi plata, tenía unas ovejas por ahí arrendadas, era mi plata. Esa la administraba yo y él manejaba la plata de sus animales, de él, por eso gracias a Dios nunca me faltaba la plata, porque tampoco me gusta gastármela toda”

(Elicia Cadagán, en Muñoz, 2018, pp. 52-53).

“Porque le compraba cosas a mis niños, así que llegó el mes de abril, ya no hice más quesos, le dije yo a mi marido cuando yo llegué acá, le dije, estaremos comprando una camionetita y él como era enojón me dijo ¿ah sí?. ¿con qué plata va a comprar?, yo le dije, hice un recorte de la venta de los quesos le dije yo... tengo una platita, tengo 16 escudos, 17, yo le dije, quiero importar una camioneta, dijo: las mujeres no la importan, yo le dije, pero póngala a nombre suyo igual. La importamos... fue la primera camioneta que hubo aquí, nos llegó la camionetita, estaba Eduardo Frei de presidente [...]”

(Emérita Guajardo, en Muñoz, 2004, p. 93).

Si bien la generación de dinero a nivel familiar-rural tiene un comportamiento que demuestra la distribución de roles de manera heterogénea (para aprovechar oportunidades en múltiples escenarios: algunos de carácter pluriactivo y en otros de carácter monodependiente), a escala de género pareciera ser que imaginariamente la primera es más recurrente en mujeres (a partir de múltiples actividades que desarrollan al unísono de los roles familiares relacionados con alimentación, salud, educación, entre muchos otros), dentro de un radio próximo a la vivienda y comunidad, y la segunda entre los hombres (que confían en la monodependencia del ganado o el bosque), en un radio mucho más amplio que implica desconectarse del grupo familiar y la comunidad por periodos ocasionalmente prolongados. Pero se trata de un imaginario, tal como se advierte en los relatos anteriores, sobre todo cuando muchas oportunidades que se asociaban a lo femenino (como elaborar alimentos procesados, artesanías, etc.) también eran asumidas por hombres y viceversa. La pregunta es: ¿por qué sigue sosteniéndose este imaginario diferencial? Puede que la historia tenga un peso gravitante en esto, ya que una y otra estrategia tienen relación con la distribución de esfuerzos-reconocimiento de antaño.

Tabla 3. Elementos territoriales que afectan el habitar del grupo humano de agricultura familiar campesina

Estrategia/Género	Hombres	Mujeres
Monodependencia	<p>Se expresa principalmente en la relación especializada sobre determinadas especies domésticas (como ganado bovino), especies silvestres (forestales) o trabajos asalariados inestables de alta movilidad (construcción de obras públicas como puentes, caminos, etc.) que otorgan una denominación a la persona: baqueano, leñador, jornalero, etc. Esto otorga reconocimiento, ya que representa la manifestación de un esfuerzo físico importante (estar en las montañas como baqueano, cruzar ríos a caballo, talar bosques, transformar precipicios en caminos, etc.) y de desapego con la familia por largos periodos, lo que se traduce en "sacrificio". En los tiempos actuales sigue siendo un medio que trae desde el pasado valoraciones significativas que otorgan prestigio, incluso si los dividendos son magros. Se puede ser hombre en situación de pobreza, pero al mismo tiempo reconocido socialmente por su sacrificio.</p>	<p>Se logra cuando se obtiene un trabajo formal o informal, estable o inestable, relacionado con servicios públicos (por ejemplo, cocina y/o aseo en escuelas o postas rurales, mantenimiento de áreas verdes, etc.), labor escasamente remunerada que además exige contar con 4° medio rendido, y que se alterna con las tareas familiares. Es un esfuerzo formidable, ya que implica horarios diferenciados: un horario laboral (que prácticamente consume todo el día) y un horario familiar (que parte desde el atardecer-noche y llega hasta la madrugada). Produce desapego con la familia y reporta escaso reconocimiento. Es generalmente valorado como una opción de sacrificio para "complementar" la economía del hogar, pero no representa reconocimiento como ocurre con los hombres en su despliegue laboral asalariado o informal fuera del hogar.</p>
Pluriactividad	<p>Se expresa en la proximidad del radio familiar y comunitario participando de múltiples oportunidades laborales: procesamiento y venta de alimentos (mermeladas, embutidos, etc.), producción de artesanías, trabajos intermitentes con el municipio (mantenimiento de áreas verdes, aseo y ornato municipal, etc.), que les permiten "sumar" a fin de mes dinero para la familia, pero no adquirir el mismo reconocimiento-esfuerzo que quienes optan por la monodependencia antes señalada. En las zonas rurales más aisladas esta pluriactividad se soporta en múltiples tareas más bien domésticas: provisión de leña para la vivienda, mantenimiento de ganado, apertura de brechas en el bosque para pasturas, etc.</p>	<p>La diferenciación con las actividades referidas a los hombres es escasa: procesamiento y venta de alimentos (mermeladas, embutidos, etc.), producción de artesanías, trabajos intermitentes con el municipio (mantenimiento de áreas verdes, aseo y ornato municipal, etc.), que les permiten "sumar" a fin de mes dinero para la familia. En las zonas rurales más aisladas esta pluriactividad está caracterizada por las mismas tareas que los hombres, pero imaginariamente se visibiliza principalmente lo que sucede dentro del hogar y no afuera. A esta multiplicidad de actividades se suma la obligación de sostener a la familia (salud, alimentación, etc.).</p>

Fuente: elaboración propia a partir de Sáenz, 2015.

Ocurre que en la actualidad el despoblamiento rural es principalmente femenino (Saénz, 2015) mientras el territorio vuelve a masculinizarse fuertemente, sobre todo porque se ha instalado una lógica altamente móvil de trabajadores que van de un lugar a otro siguiendo la implementación de obras públicas o privadas, quienes provienen de otras regiones y se movilizan por empresas subcontratistas. Las mujeres se establecen en pueblos y ciudades para acompañar el proceso formativo de sus hijos (Ramírez, 2017) o migran por la necesidad de acercar a sus ancianos a centros donde puedan ser atendidos con mayor seguridad. Esto vuelve a visibilizar un grave problema nacional: el Estado opera de manera centralizada y externaliza este comportamiento en el paisaje, normalizando el hecho de que la estructura de oportunidades no puede manifestarse en espacios dispersos.

El imaginario de bienestar se urbanizó, y con ello la dependencia del dinero como medio garante para acceder a servicios que antes eran autosatisfechos (como vivienda, agua, cuidado, etc.). Con el dinero la noción de logro se transforma, reemplazando el esfuerzo físico colectivo y el ingenio colectivo. En el presente el reconocimiento es individual: la vivienda propia se obtiene compitiendo con los demás habitantes para demostrar principalmente carencias. Pero también se colectiviza cuando un comité de agua debe competir con otros sectores rurales admitiendo y demostrando nuevamente carencias para conseguir subsidios de gobierno, o inversiones locales como un APR⁷. De esta forma, lo que antes se sostenía en base a la solidaridad hoy en día se consigue por medio de la competitividad.

Pero también hay alternativas a este problema, como cuando los vecinos se organizan consuetudinariamente para asumir la enfermedad de una persona a quien el Estado no cubre en sus necesidades —dinámica fuertemente femenina—, para lo que recrean bingos u otras formas para reunir dinero y demostrar preocupación, cuidado y afecto. Durante la pandemia por Covid-19 este tipo de ejercicios ha sido constante y revela la fuerza que aún contiene la sociedad para demostrar que posee competencias y autonomía. Una de las expresiones más tangibles de la homogeneidad que instalan las políticas públicas tiene que ver con las soluciones habitacionales en la Patagonia. Los rasgos culturales —que

⁷ Sistema de agua potable rural

no necesariamente tienen expresiones físicas— comienzan a verse amenazados cuando las viviendas son estrechas, idénticas entre sí, tan apretadas unas con otras que su presencia contrasta con la vastedad de los territorios patagónicos. Son clones de las periferias urbanas de grandes ciudades, de norte a sur, y omiten elementos que en estos paisajes son esenciales, como dejar espacio para una leñera (FSP, 2020) o la vinculación con otros (el área exterior donde ocurren las relaciones sociales). Lo más absurdo es que, rodeados de tanta naturaleza, carecen de áreas verdes. O reciben iniciativas de ayuda que no siempre son dignas, como por ejemplo grupos de estudiantes que en pro de instalar competencias de reciclaje elaboran obras en los escasos lugares públicos (como plazas) confeccionadas con desechos (por ejemplo, árboles de pascua fabricados con botellas plásticas, acarreadas incluso desde otras ciudades), las que al par de meses se han transformado finalmente en un cerro de desechos que se desarman gradualmente con el viento. Las comunidades, enfrentadas al abandono, reciben confiadamente y sin discriminar todos los apoyos externos, los que no siempre resultan pertinentes a pesar de las buenas intenciones.

Es en este escenario donde de una u otra manera hay aproximaciones entre lo urbano y lo rural, lo concentrado y lo aislado, el acceso a la estructura de oportunidades condicionada y la normalización de su no ocurrencia, donde surge un parámetro de equilibrio espacial que puede ser tomado como referente a la hora de intentar conjugar el buen vivir y el crecimiento urbanizado dentro de esta vastedad:

“El análisis de NBI demostró que en localidades rurales (entre aproximadamente 270 y mil habitantes) es posible equilibrar las necesidades básicas insatisfechas con el bienestar [...]. Desde la perspectiva de los hallazgos acumulados en este estudio se perfila la idea de que es pertinente fortalecer polos intermedios de población semiconcentrada en los que se armonice lo urbano con el potencial de lo rural. Si bien puede resultar más caro desde una lógica de costo/eficiencia, a la larga disminuye la presión que se ejerce sobre los sistemas eminentemente urbanos y también sobre la naturaleza. Puede que estos centros intermedios incluso permitan el retorno si se abren escenarios laborales inclusivos, que al menos aseguren un porcentaje de aprovechamiento a familias locales y que impliquen nuevamente la participación de las familias de manera integral”

(FSP, 2020, p. 106).

Uno de los aspectos más interesantes de esto es que a escala familiar favorece la interrelación de oportunidades rurales (más próximas a lo silvestre y domesticado histórico) y urbanas en simultáneo, produciendo una plataforma pluriactiva que incluye reconocimiento, identidad, arraigo, etc. Por ejemplo, es posible vivir en el pueblo o la ciudad, pero mantener ganado menor en la vivienda de los padres en el campo (lo que ocurre tras comprar alimento, remedios, etc.), participar activamente de las celebraciones rurales, de trabajos ocasionales que implican recolección (como sucede con los hongos), etc., y al mismo tiempo aprovechar las opciones de la ciudad: trabajos asalariados, producción de artesanías y alimentos procesados, etc. En este escenario los hijos e hijas pueden estudiar y la familia puede acceder a salud, entre otros beneficios. Subjetivamente también es posible mantener una preocupación con el territorio, como ocurre cuando escasea el agua: las familias son conscientes del problema — aunque paguen por el servicio y su acceso sea por tanto seguro—, ya que sus familiares o conocidos en el campo lo padecen y se lo comunican constantemente gracias a un tejido relacional altamente activo. En una ciudad de mayor tamaño, una vez que se paga por el agua ya no importa lo que suceda en el territorio, pues se genera un escaso relacionamiento con este. La participación en festividades sucede más bien desde la óptica del turismo y existe un escaso o nulo conocimiento experiencial de la región. Patrimonios de la humanidad como Torres del Paine son desconocidos para miles de patagones urbanos. Es por esta razón que esta escala, entre aproximadamente 270 y mil habitantes, pareciera ser adecuada para este TBC. Pero es un promedio altamente vulnerable a malas políticas de Estado, que con frecuencia siguen acrecentando las periferias urbanas con nuevas soluciones habitacionales en lugar de distribuir equitativamente la estructura de oportunidades público-privada por la ruralidad, la que sabemos es capturada por privados, quienes aplican cláusulas en el espacio que resultan extremadamente agresivas con sus habitantes o intervienen el tejido relacional para conseguir su fragmentación y de esta manera seguir acaparando áreas para la generación de lucro por medio del modelo extractivo⁸.

⁸ Por ejemplo: Denuncian a Edelaysén por intentar dividir a la comunidad de Guadal ofreciendo recursos a organizaciones. (2021, 19 marzo). ElDivisadero. <http://www.eldivisadero.cl/noticia-61971>

Los pulsos de poblamiento de la Patagonia: el caso de Puerto Ramírez

Antes de continuar es necesario profundizar en los pulsos de poblamiento en la Patagonia interior, ya que corresponden a una dinámica paradójica: a pesar de que una y otra vez existió la posibilidad de habitar este TBC transversalmente, las iniciativas familiares fueron constantemente bloqueadas. Estas pulsaciones han sido denominadas “migraciones golondrina” por su intermitencia. Y a ello debe agregarse el sacrificio que debieron enfrentar para sostenerse conectados unos con otros, con innumerables ejemplos que demuestran las dificultades que enfrentaron, como se demuestra en estas crónicas que se centran en Puerto Ramírez, región de Los Lagos:

“La navegación por el río Yelcho es sumamente peligrosa y sólo posible para lanchas de pequeño calado y con motores poderosos; remontando este río 30 km al interior, se llega con estas lanchas a motor hasta el Lago Yelcho [...] Las lanchas que remontan el río Yelcho recorren, además, en cada viaje, otros 50 km en el Lago Yelcho, desde su extremo noroeste hasta Puerto Ramírez, situado al oriente de su extremosureste [...] En Puerto Ramírez se embarcan los productos (cueros/lanas) que se rescatan para Chile de la región inmediata al límite internacional, situada entre los 43° y 45° de latitud S., de la comuna de Futaleufú y de la circunscripción de Palena Alto”

(Grosse, 1974, p. 126).

La crónica transcrita de don Juan Guzmán⁹ en el año 1930 (Delgado et al., 2005) muy bien podría ser tratada como realismo mágico, pero se trata de experiencias que sí ocurrieron. Su cuadrilla perdió a sus caballos debido a lo agreste del terreno mientras avanzaban desde la frontera argentina hacia Chaitén, quedando aislados en medio de una isla fluvial. Debido al hambre se comieron a sus perros y llegaron incluso a considerar hacer lo mismo con uno de sus miembros:

“[...] un día yo andube solo po la orilla del Río i bolvi como alas dies i como auno cien metro estaba Alfredo de rrodillas en las piedras afilando el cuchillo i llorando i yo le dije que ases Alfredo i medijo bamos a matar a Mena para

⁹ “Transcripción fiel del manuscrito *Exploración al lago Yelcho de don Juan Guzmán*” (Revista Pluvial, sección Documentos (s/a).

comerlo i losotros ya estan de a cuerdo i yo ledije aquinose mata a nadie i me dijo este es el que tiene la culpa de estar aqui i poreso lo queremos matar para comerlo ile rrepeti de que ahi no se matara anadie i ciloasen el que lo aga yo le pego untiro en el acto i despues me fui para el campamento iles explique del Viaje pero que nadie los abia traído a la fuerza este era un acto casual pero mena no supo nunca lo que pensaban de aser con el este era el mas gordo de los que andabamos [...] y ya acian treinta días que estabamos apuras nalcas”

(Juan Guzmán, 1930, pp. 47-48)¹⁰.

Cabe destacar que durante la expedición de Augusto Grosse, tan solo veinte años después, se estaban realizando las primeras faenas de construcción de un camino para unir las localidades fronterizas en esta zona. Estas mejoras permitieron la construcción de equipamiento comunitario en Puerto Tranquilo, como la escuela básica. Posteriormente, en la década de los ochenta, comenzó a construirse el camino que persiste en el lugar, como vía anexa a la carretera austral. La empresa constructora donó sus instalaciones a los pobladores, quienes destinaron los edificios para salud y educación.

Pero a fines de 1990 la zona comenzó a verse afectada por un proceso de despoblamiento importante (la matrícula escolar llegó a solo cinco alumnos). Sin embargo, posterior a la erupción del volcán Chaitén el lugar fue repoblado por empresas turísticas especializadas en la pesca deportiva, momento en que se activó una importante sustitución de uso de suelo para fines de agrado y especulación inmobiliaria. El año 2017 esta zona se vio nuevamente implicada en un siniestro ambiental tras el aluvión que hizo desaparecer a parte de Villa Santa Lucía¹¹, lo que evidenció debilidades de un territorio que carece de planificación, que sigue manteniendo una suerte de ocupación espontánea dinámica y oscilatoria, y que es altamente vulnerable a su propia geografía. Lo más notorio es la falta de autonomía en las decisiones, como evidencia su propia historia: en la década de 1960 la comuna de Palena se vio reducida por la redefinición de límites fronterizos y entregó Valle Hondo a la República Argentina ante la corte de arbitraje. Esto sucedió al mismo tiempo que los eventos de Laguna del Desierto en Villa O'Higgins (Barros, 1984), por lo que se trató de un fenómeno transterritorial. De nada sirvió apelar a la historia de colonización, las “mejoras”,

¹⁰ Pluvial. (s. f.). Transcripción fiel del manuscrito Exploración al lago Yelcho de don Juan Guzmán. Recuperado 22 de marzo de 2021, de http://www.chiloeweb.com/pluvial/documentos_lagoyelcho.html

esos rasgos en el paisaje que una y otra vez las familias usaron como argumento ante la inminencia del desalojo o negación de sus derechos sobre la tierra.

En el presente las amenazas no son solo la especulación de la tierra, sino además intereses industriales. En el primer caso el gran problema ocurre cuando las familias campesinas venden a bajo precio sus tierras (si es que han logrado regularizarlas, considerando que su historia se sostenía sobre traspasos familiares basados en la confianza y el parentesco) y migran a la ciudad o pueblos. Pero cuando intentan regresar (producto de múltiples causas) se enfrentan a precios que triplican o cuadriplican con creces el costo inicial, lo que les hace imposible revertir el despoblamiento. En el segundo caso viene bien tomar como ejemplo dos proyectos industriales: una gran central sobre 1.200 MW que estuvo a punto de afectar al río Futaleufú e inundar gran parte del territorio aledaño al curso fluvial¹²; y la construcción de un nuevo camino que podría conectar Chaitén con Futaleufú por el lado norte del Lago Espolón, algo positivo para las expectativas y usos históricos de los habitantes de la comuna —además del potencial turístico que ello proveería—, pero que trae consigo un fenómeno que sucede a escala nacional: el “efecto bypass” (FSP, 2020). Este fenómeno implica que centros poblados y territorios quedan desconectados de los circuitos de oportunidades debido a obras viales que los aíslan en lugar de conectarlos. En el caso de Puerto Tranquilo la posibilidad de quedar al margen es real, porque otras zonas de la Patagonia han experimentado esto, siendo probablemente el caso más grave Balmaceda (FSP, 2018), en la región de Aysén, que tras la reestructuración regional detonada por el eje de la carretera austral comenzó a invisibilizarse a pesar de la creación del aeropuerto. Incluso si la obra vial pasa a escasos metros de estos poblados igualmente provoca efecto bypass si no los considera integralmente, como ocurre con Villa Cerro Castillo, en la misma región:

“Estos pueblos terminan convirtiéndose en un objeto borroso junto a la carretera, sin un rasgo que los vuelva discernibles espacialmente, sin siquiera un topónimo escrito en un cartel para advertir que allí existe una identidad territorializada y con historia”

(FSP, 2020, p. 29).

¹¹ Catástrofe en Chaitén: Aluvión fue provocado por el desprendimiento de glaciador Yelcho. (2017, 18 diciembre). 24Horas.cl. <https://www.24horas.cl/nacional/catastrofe-en-chaiten-aluvion-fue-provocado-por-el-desprendimiento-de-glaciador-yelcho-2591847>

¹² Prensa, S. (2016, 31 agosto). Endesa renuncia a derechos de aguas de ríos Futaleufú y Puelo. Diario El Huelmo. <https://www.elhuelmo.cl/2016/08/30/endsa-renuncia-a-derechos-de-aguas-de-rios-futaleufu-y-puelo/>

Por último, existen decisiones político-territoriales asociadas a vocaciones que igualmente influyen en el devenir de localidades pequeñas. Por ejemplo, cuando la región de Los Lagos decidió asignar la categoría de Patagonia Verde a este territorio cordillerano¹³ favoreció la coordinación de actores y fondos para apoyar el desarrollo de iniciativas e inversiones ligadas principalmente al turismo. Lo mismo sucede, por ejemplo, con la declaración de ZOIT (zona de interés turístico) “Cuenca de Futaleufú”¹⁴. Pero para muchos habitantes de la Patagonia el turismo es percibido como injusto:

“El turismo, para mí, es injusto y egoísta”

(hombre de Puerto Río Tranquilo, entrevista grupal, 2019. En FSP, 2020, p. 114).

A partir de ello es menester preguntarse si basta solo con la declaratoria de zona de interés turístico, sin poner atención a la heterogeneidad de actores que componen los territorios y las desigualdades que enfrentan: ¿es equitativo el acceso a la estructura de oportunidades público-privada por parte de los habitantes locales frente a un escenario que es competitivo? Pareciera ser que la dimensión que genera esta brecha es el capital social que traen agentes externos, incluyendo empresarios y vecindados de amenidad, lo que contrasta con las escasas redes de influencia locales:

“[...] a escala territorial, existe la sensación constante de que las oportunidades son aprovechadas por actores foráneos, los que traen consigo un patrimonio representado por redes de influencia extendidas en el país y mayor capital que los lugareños”

(op. cit., p. 26).

“[...] no es lo mismo pensar en producir una cerveza local contando solo con redes familiares y de amistad dentro de un territorio no más amplio que una comuna que hacer lo mismo con un respaldo bancario sólido (capital familiar de apoyo) y redes de influencia y contactos en aeropuertos, restaurantes boutique en Santiago, etc. Quienes poseen una red de influencia más robusta pueden

¹³ Gobierno Regional de Los Lagos. (s. f.). Plan Patagonia Verde. Recuperado 22 de marzo de 2021, de http://territoriosdeconvergencia.subdere.gov.cl/files/doc_zonas_extremas/Plan%20Zonas%20Extremas%20Los%20Lagos.pdf

¹⁴ ZOIT Futaleufú. (s. f.). Zona de Interés Turístico. Recuperado 22 de marzo de 2021, de <http://www.subturismo.gob.cl/wp-content/uploads/2015/10/Ficha-Plan-Futaleufu.pdf>

enfrentar todas las exigencias para sortear una o más crisis propias de cualquier emprendimiento. Dicho de otro modo, pueden darse el lujo de fracasar numerosas veces hasta que la idea prospere como negocio. Pero quienes no tienen este privilegio fracasan al primer inconveniente. Esta situación es la experiencia de miles de aiseninos y aiseninas que han sido beneficiados por algún programa de fomento y que no pudieron resistir más allá de un año en un contexto de competencia altamente desigual. En consecuencia, el fracaso deriva en frustración y culpa. En este escenario, lo público no es capaz de actuar sobre dichas asimetrías y promover un imaginario de emprendimiento, ya que solo apoya a las personas en el primer tramo, generando expectativas, pero luego las deja solas en una cancha altamente competitiva e inequitativa”
(op. cit., pp. 90-91).

Esto es relevante porque la idea de incrementar el número de emprendedores —imaginario que se ha afianzado durante los últimos gobiernos— no necesariamente se traduce en inclusividad, tanto en la ruralidad como en lo urbano (Atienza et al., 2016). De hecho, han sido las mujeres las más afectadas (Santander y Fernández, 2019) si se considera que los fracasos que las afectan quedan marcados en sus biografías, asumiendo que ellas fueron las responsables sin considerar que en realidad era muy difícil que con su capital social local pudiesen haber enfrentado a otros y otras, sobre todo cuando quedan solas en el contexto de mercado. Esto también afecta a quienes se fueron a vivir a las ciudades, como se observa en el caso de la región de Aysén:

“[...] migrar a las ciudades no promete un acceso expedito e igualitario a los beneficios. Más aun, en algunas dimensiones incluso se precariza. Se vive en la ciudad, pero la estructura de oportunidades impone condiciones de enganche que resultan extremadamente difíciles de sortear, como nivel educacional, redes de influencia, origen, etc. En ello, muchas familias apuestan por sacrificar sus vidas en favor de que sus hijos o nietos sí lo logren, algo que resulta lamentable si se piensa en el costo que representa migrar y descapitalizarse, el que también se expresa en lo anímico y cuyos efectos pueden permanecer en una familia por décadas”
(FSP, 2020, p. 80).

Por ello los pulsos de la Patagonia interior han sido crónicamente desfavorables para sus colonos, principalmente por el efecto de descapitalización que los va embargando generación tras generación. Y no se trata solo de perder lo material (lo trabajado, lo construido, lo transformado) sino el “saber hacer” y las cosmovisiones propias que durante generaciones construyeron una suerte de

arreglo de entendimiento con la naturaleza circundante. Otra expresión de esta descapitalización es la pérdida de lazos de parentesco, ese entramado que los une en este territorio imaginado. Este vínculo los conecta con sus territorios de origen, como Chiloé, La Araucanía, Los Ríos, etc., y también con una memoria o experiencia de colonización campesina que aún está fresca en la memoria oral.

Este fenómeno no es tan evidente en la región de Los Lagos, donde el proceso se reduce a algunas áreas en particular casi en el límite con Argentina¹⁵ (en zonas como Paso el León y la provincia de Palena), y tampoco en Magallanes, donde las políticas de exclusión a favor de hacendados y privados “corrieron” a los colonos campesinos hasta las periferias urbanas hace mucho tiempo atrás. Pero sí se experimenta fuertemente en Aysén, donde la movilidad rural-urbe es un fenómeno histórico presente. La manifestación en el paisaje de estas redes son las toponimias que marcan hitos como cerros, ríos, vados, valles, etc., con nombres de familias “iniciadoras” (Sáenz, 2015). Resulta interesante que este tejido funcione como una forma de organizar el espacio y delimitarlo, como un universo concreto de combinaciones de apellidos que pueden ser reconocidos por todos sus habitantes (Alvarez et al., 2017). De hecho, basta su mención para adscribir un lugar y una historia.

La idea de una “comunidad imaginada” (Anderson, 2006) se refiere a que sus habitantes no se conocen entre sí, pero se reconocen por rasgos arquetípicos (como cierto vestuario, gustos culinarios y festividades, entre otros muchos) y también por una forma de entenderse con el mundo que tiene como base un fuerte vínculo con los vastos paisajes patagónicos. Por cierto, el tiempo es experimentado de otra forma —no por nada existe el dicho “el que se apura en la Patagonia pierde su tiempo”—, y la palabra aislamiento forma parte de la memoria colectiva que es transversal y aún activa en las generaciones. Pero estos atributos que constituyen el soporte de esta identidad común son paradójicamente muy vulnerables ante la anexión selectiva que hace el Estado sobre este patrimonio: por ejemplo, cuando captura la naturaleza para entregarla con

¹⁵ No confundir con colonización europea, que ha sido modificada narrativamente para construir un arquetipo de estatus muy distinto al de campesinado móvil. De hecho, en la colonización de Llanquihue y Osorno esta narrativa no explícita que la estrategia de colonización implementada por el Estado muchas veces subvencionó a las familias extranjeras entregando a familias campesinas pobres para que hicieran el primer esfuerzo por dismantelar la naturaleza y dejar los espacios necesarios para comenzar a producir.

privilegios a industrias extractivas, modificando el valor de algunos rasgos culturales para declararlos simplemente folklore y restringiendo constantemente las posibilidades de que estas poblaciones puedan desplegar en libertad sus satisfactores tradicionales: “Los factores reconocidos provocan la aceleración del tiempo y modifican las condiciones de vida tradicional en lo que se considera la última frontera del capitalismo” (Rodríguez et al., 2015, p. 335). Este fenómeno es tan intenso que el propio Estado ha construido una narrativa histórica que insiste en considerar a la Patagonia como un “desierto” (Osorio et al., 2007) subdesarrollado (Núñez et al., 2017), lo que facilita la instalación del modelo extractivo, ya que se presupone como territorio desaprovechado. Pero para que esto se logre es necesario insistir en que quienes se resisten a migrar y se resisten a desaparecer son un problema, y ese problema se operacionaliza fácilmente acudiendo a la palabra aislado. Con esta palabra se justifica la carencia histórica de oportunidades y las autoridades se pueden excusar una y otra vez ante las comunidades admitiendo que el impedimento por invertir allí es culpa de ellos mismos, “por vivir tan aislados” (FSP, 2020).

Es precisamente esa condición la que antaño reforzó satisfactores colectivos basados en la solidaridad, activo que les permitió ser autónomos ante la distancia que tenían con el Estado. Es justamente ese grado de autovalencia el que ha sido debilitado en el presente, constreñido por restricciones normativas, asistencialismo y fórmulas basadas en la manifestación de carencias. No se trata de un tema menor pues la identidad patagónica, esa comunidad imaginada, es la que corre riesgo de homogeneizarse más allá de las fronteras culturales de este vasto territorio:

“[...] hoy día está todo cambiado. En esos años (antes), la gente tenía otro espíritu. La gente de antes se ayudaba, uno traía ese anhelo de ayudar o ayudar al otro sin necesidad de pago, nada, sino que cooperación y hoy día no. Hoy día, si tú no tienes un peso, no tienes nada. Porque primeramente te preguntan cuánto te van a pagar, hoy día nadie te trabaja a menos de 10 mil pesos o 12 mil pesos el día sin que haga nada. Y antes no, antes no, porque uno decía pucha amigo, un poblador le decía al otro, yo mañana voy a sembrar mis papas. Listo, decía el otro, al otro día estaba toda su gente ayudando. Claro, así. Mañana voy a aporcar, allá iba otro a ayudarlo a aporcar, si era cosecha lo mismo, cortar, y también para limpiar. Todo se hacía en comunidad, pero hoy día no. Hoy día nada. Hoy día ni aunque te vean botado, no estamos ni ahí. Claro, si hoy día es así, hoy día si no tienes un peso no haces nada”
(Sáenz, 2015, p. 49).

En este proceso de intentar arraigarse —con constantes desprendimientos— se fueron forjando prácticas solidarias como el “prestar” (Juan Sáenz, comunicación personal, 2013; Saavedra y Mansilla, 2014), acto de generosidad que permite temporalmente compartir un bien privado (como un caballo), transformándolo en un bien común que todos pueden utilizar cuando lo requieren. Hacer lo contrario implicaba ser sancionado moralmente por la comunidad y excluido del circuito de solidaridad, lo que a largo plazo ponía en jaque la vida familiar dadas las condiciones de vida que enfrentaban quienes vivían inmersos en las montañas. Junto al prestar estaba el “invitar” alojamiento, alimento, agua, abrigo, etc.:

“Antes llegabas y uno ofrecía alojo, cualquier cosa siempre estaba la gente, uno conseguía cosas. Por ejemplo si alguien te pedía un kilo de yerba por ejemplo, yo te lo pasaba y las cosas se arreglaban acá [...] Lo mismo para el alojamiento, antes tú decías, ¿para dónde voy a ir?, porque claro no había alojamiento, y te alojaban. Se prestaba, se usaba mucho la palabra prestar”

(Sáenz, 2015, p. 113).

De esta forma, el aislamiento como factor de tensión era al mismo tiempo el soporte necesario para mantener estos satisfactores funcionando intensamente, y los vínculos de parentesco y/o de origen —materializados en el paisaje a través de estas redes de topónimos y habitar disperso— generaban un sistema de reciprocidad que incluso se extendía hasta las zonas más extremas (Sáenz, 2015). Esto es especialmente relevante, pues aunque el paisaje parezca hostil esconde fuertes lazos humanos (Fotografía 3). Esto obliga a reconsiderar la lógica con que el Estado intenta solucionar el problema del aislamiento: básicamente, lo que hace es acercar a las personas en situación de aislamiento hacia el centro que contiene la estructura de oportunidades. Se reproduce en ello el binomio centro-periferia, integrado-desintegrado, etc., que no solo es material sino también simbólico, sobre todo cuando los afectados explicitan que se sienten abandonados (Morend, 2020). Las estrategias oficiales para corregir solo toman en cuenta la aproximación física (unidireccionalmente) como garante de la solución. Pero a pesar de ello el sentimiento de “abandono” sigue reproduciéndose en las ciudades. Esta estrategia fracasa porque deja atrás elementos valiosos que poseen estas comunidades, como su capacidad de solucionar sus problemas autónomamente. Por esta razón se necesita integrar distribuyendo más equitativamente las oportunidades, al mismo tiempo que se resguarda a estos satisfactores basados en la costumbre y que aseguran la protección y bienestar de las personas.

Fotografía 3. Praderas y lomas sin vegetación en la región de Magallanes



Si bien el paisaje parece hostil, esconde un intenso entramado de relaciones sociales.

Fotografía: gentileza del equipo regional Fundación Superación de la Pobreza Magallanes, 2020.

La ganadería vista desde la perspectiva de la estancia tiene símiles con la ganadería industrial: no necesita generar arraigo sino solo utilizar los servicios ecosistémicos del territorio y el aporte de la ciencia (a través de fármacos, dietas, agroquímicos si es necesario, etc.). Se construye una identidad arquetípica del ovejero, que es básicamente un jornalero mal pagado y en condiciones laborales altamente precarias. El andamiaje o escenografía de la estancia como hito identitario tiene semejanzas con la institución del rodeo chileno, donde se resuelve y normaliza la jerárquica separación entre patrón-capataz-peón. La ganadería ovina y bovina es y ha sido la actividad económica más icónica para estas familias (que ha invisibilizado incluso su pluriactividad, haciendo parecer que solo se dedican a la cría de animales), no tanto por la generación de utilidades, sino porque precisamente articulan a estas personas con el territorio. Este ganado no puede mantenerse encerrado, como sí es posible en otras partes del país, y debe moverse por vastas extensiones, lo que provoca una identidad móvil. Más aún, existen señales de comunicación solo comprensibles en estos

paisajes: por ejemplo, el derecho consuetudinario a alimentarse de un animal y dejar como señal de ello el cuero a la vista de todos (Montiel, 2010). Esta costumbre, cotidiana antaño y hoy una rareza, representa la conjugación de normativas consuetudinarias orales que permitían romper momentáneamente con lo “privado”, transformando al ganado en un bien común para solucionar una necesidad vital, arreglo normativo que tiene correlatos en otros territorios en los que de una u otra forma lo privado podía ser obviado cuando se trataba de valores tan relevantes como compartir, ser solidario, ser empático con la necesidad y sufrimiento de otros, etc., celebrando poder satisfacer la urgencia que apremiaba a otros, aunque fuesen desconocidos: “[...] uno iba a una señalada, ayudaba en la señalada, pucha tres o cuatro corderos asándose, era como una fiesta, todo era así. Pero todo era en comunidad. Todo era como una cosa de armonía” (Sáenz, 2015, p. 111).

Estas prácticas agropecuarias fueron generando redes de solidaridad vecinal construidas por el respeto y trabajo mancomunado. Por ejemplo, el veraneo/invernada implicaba que los animales eran dejados (subidos) libremente —mezclados entre sí— en lugares lejanos. Se los iba a buscar (bajar) justo antes de que llegase el otoño. El respeto por la propiedad privada bajo una dinámica de propiedad colectiva momentánea se apoya en reglas morales compartidas:

“[...] en verano se veranea los animales en las cordilleras, pero se veranean solos, como nadie roba, ni nada, así que van, se largan nomás y después se van a buscar en otoño. Las veranadas que quedan acá en El Espolón son todas contra el límite de la Argentina, y tenemos una veranada grande allá al fondo, una cordillera”

(Sáenz, 2015, pp. 70-71).

Esto trae a colación las serias transformaciones que está sufriendo la Patagonia a manos del cierre de grandes espacios para fines privados, ya que inmediatamente detienen esta movilidad-solidaridad-identidad. Dicho de otro modo, la inmovilidad es el síntoma más manifiesto de que la cultura tradicional campesina de este TBC está en jaque, ya que sus satisfactores tradicionales —basados en la costumbre— han quedado sin posibilidades de manifestarse en el paisaje local. Por ello las fiestas de verano, o espacios concretos y muy localizados para la celebración de actividades folklóricas, no representan una posibilidad de mantener con vida este modelo consuetudinario, sino más bien su reclusión a manera de una museografía turística.

El actual Código de Aguas y la Ley de Bosque Nativo demuestran cómo las políticas de Estado pueden agudizar este problema. El primero, porque afecta las capacidades productivas y de acceso a beneficios en la estructura de oportunidades del sector agropecuario, ya que la mayoría de los grupos de la agricultura familiar campesina no posee derechos de aguas pese a su uso histórico.

“No hace más de cinco años que quise hacer un tema de riego acá en la parcela, y fui a la Dirección de Riego allá en Puerto Montt, en la Intendencia, y me dijeron no, usted no puede hacer eso porque todas las aguas tributarias del Palena están solicitadas por ENDESA. Yo digo lo siguiente, nosotros somos muy confiados, porque aquí un gallo de Santiago que sabe todas las cosas, mira el mapa y dice, ah mira este está fiscal, no le importa quién esté. Entonces yo digo, mire esta vertiente está fiscal, yo no lo solicito porque estoy pensando en la gente, pero tengo por seguro que están todos los arroyos solicitados, claro éste arroyo yo creo que está solicitado, y algún día van a venir a cobrarle a la escuela y a cobrarle a todos, porque nadie, uno mismo...yo quise solicitar aguas subterráneas ahí donde estoy, tengo un arroyo, y tengo que solicitarlo, porque es así, para todos es así, y de repente se encuentra uno que claro, que el arroyo no es mío, que lo solicitó otro y ¿quiénes son esos otros? Hasta el momento no hay problemas porque ellos [vecinos] creen que el arroyo es suyo, un poblador de acá jamás se va a fijar en eso”

(Sáenz, 2015, p. 85).

En segundo lugar, la incorporación efectiva de la Ley N°20.283, sobre Recuperación del Bosque Nativo y Fomento Forestal, genera temor en la población local debido a que ha reducido la capacidad productiva de los predios, sobre todo la movilidad ganadera para utilizar estacionalmente las zonas de altitud (pasturas de veranadas). Para las familias campesinas se entienden las normativas como un proceso irreversible y que cada vez asfixia más sus posibilidades de reproducir su modo de vida. La ganadería que ellos reproducen no opera de la misma forma que la ganadería industrial pues la escala de su habitar permite combinar áreas forestadas con pasturas y zonas intermedias. Sin embargo la normativa no reconoce usos consuetudinarios que pueden ser de bajo impacto si se permite el despliegue de satisfactores tradicionales.

Estos casos implican reconsiderar adecuaciones normativas que tengan pertinencia territorial. Sobre todo, que conviertan las políticas de Estado en un discurso coherente. Por ejemplo, no es posible que se promueva el emprendimiento turístico cuando los habitantes no tienen acceso a agua potabilizada

y por esta razón no puedan desarrollar iniciativas culinarias, dar alojamiento, etc. La intención de arraigo estable sigue vigente entre sus habitantes, testigos de que estas pampas y montañas son portadoras de oportunidades que deben ser organizadas en una arquitectura más equitativa de acceso. Hernández y Vivanco (2012) proponen dinamizar los planes de desarrollo comunal creando estrategias complementarias que sean operacionalizadas desde la ciudadanía y que aseguren umbrales mínimos que, por cierto, no forman parte de muchos Pladecos (Planes de Desarrollo Comunal) de este territorio biocultural.

Por otro lado, frente al fenómeno turístico y el efecto bypass que hace que los habitantes de la Patagonia crónicamente queden al margen, es posible focalizar inversiones en zonas que no forman parte de los circuitos más publicitados (que han sido capturados por privados con capital e influencias), considerando el control sobre los nichos por parte de las familias locales y su institucionalidad comunitaria. Sin embargo, como sucede en comunas como Primavera, incluso en territorios semidesconectados de las rutas competitivas de turismo, surge como problema el hecho de que muchos recursos de potencial acceso y uso común están dentro de predios privados (Fernández y Rivera, 2005). Surge, por tanto, la necesidad imperiosa de hacer caso a la costumbre antigua y buscar arreglos normativos que puedan obviar lo privado a través de acuerdos colectivos de uso común. Es necesario señalar que también existe preocupación desde el universo de las estancias, muchas de ellas desahuciadas económicamente, desde donde se piensa la posibilidad de sumarse colectivamente a los atractivos de escala local, sobre todo en comunas como Torres del Paine (Mancilla, 2005), recursos que si bien proveen dividendos significativos están clausurados en una suerte de extractivismo turístico (Núñez et al., 2019). Esta comuna es una de las paradojas de este fenómeno, ya que en su interior yace el sistema montañoso que lleva ese mismo nombre y sin embargo su población experimenta constantemente la invisibilidad.



> Cerro Castillo, región de Aysén. Fotografía de Ricardo Alvarez, 2019.

Reflexiones finales

Los grupos humanos presentes en este espacio imaginado son heterogéneos, pero solo algunos son visibles. Incluso aquellos que llevan más tiempo intentando arraigarse, con constantes episodios de desarraigo, son “traducidos” en forma de arquetipos para la comprensión de un país altamente centralizado, que selecciona solo fragmentos de lo que considera Patagonia. Es por ello que el imaginario nacional sigue pensando a sus pobladores como baqueanos, omitiendo el hecho de que la mayor parte de sus habitantes son actualmente urbanos. Esto no significa que esta condición los desvincule de la naturaleza que los rodea. Simbólicamente la construcción de identidades en la Patagonia ocurre en relación con esta: tanto en su dimensión positiva, como el hecho de percibirse en un ambiente sano y limpio, como en su dimensión negativa: el aislamiento como un obstáculo ya no geográfico, sino de reconocimiento y consideración.

Las inversiones públicas han puesto un foco importante en obras viales, las que debiesen haber servido para conectar espacialmente aquello que estaba aislado. Pero paradójicamente parece ser que las han desconectado aún más pues los poblados rurales sufren del efecto bypass: la velocidad de quienes se movilizan por estas vías hace que sea casi imposible discernir que se está pasando junto a un poblado con historia, topónimo, historias, etc. Las familias se quejan de que las oportunidades son etéreas, pues si bien se promueve la iniciación en actividades turísticas, las restricciones normativas y carencias estructurales (como contar con agua potabilizada) hacen que ello sea casi imposible. Además, la forma en la que está implementada la estructura de oportunidades público-privada favorece a actores frecuentemente externos, que no necesariamente desean interrelacionarse localmente con sus pobladores. Es más, en algunos casos los desplazan y segregan, fenómeno que ha sido recurrente en sus historias de vida.

Esto genera una suerte de frontera interior que no dialoga con la nación y que está experimentando una fragmentación tal que los espacios habitables han comenzado a constreñirse a las ciudades y a los intersticios que dejan las obras viales. Por ejemplo, las viviendas que se acomodan linealmente siguiendo el sentido de los caminos, en un anhelo de sus habitantes por ser incluidos en un

proyecto de desarrollo que pareciera no llegar nunca. Esta fragmentación espacial también se inmiscuye en lo relacional, afectando las posibilidades de sostener el tejido relacional o de implementar satisfactores tradicionales basados en una larga biografía biocultural. Los “vivientes” (Sáenz, 2015) son probablemente la mayor expresión de este fenómeno, pues habiendo sido propietarios de sus tierras hoy en día son inquilinos para sus nuevos dueños. Este problema ocurre a causa del actual mercado inmobiliario, que ofrece a la Patagonia como un recurso de ostentación socioeconómica por medio de la conservación privada (op. cit.). Sin embargo este fenómeno tiene matices, como sucede con los vecindados de amenidad, quienes siendo actores foráneos desean integrarse a las localidades formando parte de sus juntas de vecinos, escuelas e institucionalidad tradicional. Traen consigo nuevas redes, nuevos conocimientos, que muy bien pudiesen actuar a manera de refuerzo para su población en resistencia.

De alguna forma se necesita visibilizar los territorios vividos por sus habitantes para contrarrestar la lógica subsidiaria con que el Estado sigue tratando a este territorio biocultural, lógica que impide un desarrollo de tipo promocional (Ther-Ríos et al., 2021). En el estudio *Ruralidad a contraluz* (FSP, 2020) surge una pregunta transversal a las reflexiones de sus habitantes:

“El acto y la decisión de permanecer sugieren que las personas aún valoran el territorio en el que viven, que existe un recurso capaz de revitalizarlo. Las posibilidades de que esto suceda se encuentran, paradójicamente, en aquel país que sucede allá afuera y al cual los jóvenes se aventuran. ¿Cómo atraer a estas generaciones que acceden a títulos profesionales a localidades menores si no es haciéndolas crecer para que surjan trabajos atractivos? Es un costo alto que dificulta pensar en un equilibrio. ¿Cómo no va a ser posible ser técnico o profesional y trabajar y proyectarse en localidades pequeñas?”

(p. 130).

No se trata solo de abrir oportunidades laborales y con ello solucionar el problema: en este TBC el trabajo

“[...] no se valora sólo a partir del hacer, sino que en la multiplicidad de estados que permite satisfacer, ya sea desde el ‘tener lo necesario para vivir’ (tener existencial), como por la satisfacción en el ‘ser’ (no material) que éste genera, al poder optar a vivir la que vida que se quiere y no la que determinan las circunstancias”

(FSP, 2010, p. 42).

Las políticas públicas deben comenzar a ejercerse con fuerza desde lo local y dejar de estar a la espera de lo que cada gobierno de turno decide desde su centralidad. Las capacidades están, de eso no hay duda. La voluntad también. Lo importante es que hay que desprenderse de conceptos que operan a manera de barreras infranqueables, como la noción de aislamiento como una justificación para no implementar la estructura de oportunidades público-privada en lugares apartados, donde su población vive de manera dispersa y donde aún es posible implementar satisfactores tradicionales. De otra forma la Patagonia vivida por sus pobladores será reemplazada definitivamente por un paisaje boutique, una suerte de segunda vivienda de veraneo para un número limitado de habitantes del mundo, pero no de la Patagonia.

En el mismo estudio se demuestra que existe una escala de lo urbano que permite seguir interactuando con lo rural: es posible trabajar asalariadamente en ciudades, con acceso a servicios y oportunidades, pero con sus habitantes preocupados de lo que está sucediendo con el territorio. Esta escala, que es particular a la Patagonia interior, demuestra que este territorio biocultural posee respuestas propias que no fueron planificadas, pero que son altamente vulnerables: cuando el Estado aumenta progresivamente a ciudades intermedias más allá de su capacidad relacional con el entorno, entonces surge un fenómeno de desvinculación crónico que intenta remediarse con alegorías como fiestas tradicionales que en un par de días buscan resolver la enajenación cultural de quienes sostienen esta cultura interior a través de sus prácticas habituales y sus territorios vividos.

Finalmente, y en orden a superar los problemas de pobreza que experimentan miles de personas en este TBC, sería positivo tomar en consideración recomendaciones como que el Estado adopte un mayor control sobre recursos comunes como la tierra y el agua, lo que implica derechamente redefinir el concepto de propiedad y lo privado (Ther, 2021, p. 13); promover una gestión integral pero también integradora que rompa con la sectorialidad y que reconozca la heterogeneidad de la Patagonia interior.

“Promover en el Estado el desarrollo y consolidación de perspectiva de administración integral e integradora sobre el territorio. Al existir una tendencia a sectorizar las acciones y actividades productivas, no se logra reconocer que varias de ellas se cruzan en el uso de recursos. Esto requiere una actualización de sus sistemas de gestión, mediante la integración intersectorial,

en pos de un bien común. Para llevar a cabo lo anterior, se requiere contar con una plataforma intersectorial conjunta de catastro de la propiedad y derechos en Chile, así como estadísticas sectoriales (autoinformadas y censadas permanentemente), donde se evidencien los atributos espaciales y de consumo de recursos de uso común, en pos de ajustar posibles asimetrías individuales que alteren el bienestar colectivo. Esta plataforma de gestión, debería ser inclusiva y pública, y en donde la ciudadanía pueda manifestar geolocalizadamente sus reclamos, de modo de acudir y resolver inmediatamente los conflictos, como sucede por ejemplo con la iniciativa ‘Observatorio del Paisaje de Cataluña’. Una forma de comenzar esta tarea, es abordarlo desde una escala administrativa comunal, para posteriormente interconectar tales unidades en escalas bioregionales adecuadas a la injerencia de posibles nuevas acciones o modificaciones en pos de la conservación y el desarrollo de los territorios, teniendo siempre una mirada sobre el funcionamiento del ecosistema natural, como son las cuencas. En complemento, se recomienda orientar la gestión de la tierra, el agua y el mar, bajo una herramienta cuantitativa que considere las perturbaciones del cambio climático, como lo es el metabolismo socioecológico interconectado sumado otras variables como biodiversidad ecológica y sociodiversidad cultural”
(op. cit., 14).

Son desafíos que pueden y deben adoptarse en estos momentos de cambio climático global y reorientación de nuestras cosmovisiones para recuperar nuestros vínculos relacionales con la naturaleza.



> Escultura de madera que rememora a los antiguos colonos. Fotografía de Ricardo Alvarez, 2019.

Bibliografía

- **Aguilar, S., Espinoza, A., Otárola, V. y Parra, R. (2019).** *El turismo comunitario como estrategia de desarrollo social y económico para las comunidades del Valle del Manso, Comuna de Cochamó, Región de Los Lagos, Chile* (tesis para optar al grado de Ing. en Turismo y Expediciones), Universidad San Sebastián.
- **Aleuy, O. (2012).** *Memorial de la Patagonia Aysén*, Santiago, Ril Editores.
- **Alvarez, R., Núñez, D. y Bahamonde, N. (2017).** Referencias sobre distribución de apellidos en las islas del mar interior de las provincias de Llanquihue, Chiloé y Palena, *Fogón, Revista Internacional de Estudio de las Tradiciones*, 1(1), 8-19.
- **Alvarez, R., Azócar, F., Marihuan, G., Montero, A. y Rosenblüth, M. (2019).** Turismo indígena como respuesta a la siniestralidad: comunidad mapuche-lafkenche del lago Budi, Chile, *Revista de Estudios Latinoamericanos sobre Reducción del Riesgo de Desastres Reder*, 3(1), 24-40.
- **Alvarez, R. (2020).** Fueguinos y patagones en el imaginario de los navegantes europeos. En Aldunate, C., *Estrecho de Magallanes, tres descubrimientos*, Santiago, Banco Santander.
- **Amulén, la Fundación del Agua (2019).** *Pobres de agua. Radiografía del agua rural de Chile: visualización de un problema oculto*, Santiago, Centro UC.
- **Anderson, B. (2006).** *Comunidad imaginada*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- **Araneda, S. & Sierra, M. (2017).** Las dinámicas territoriales naturales como articuladores del espacio e imagen urbana. Coyhaique y Cochrane XI Región de Aysén, *Revista AUS*, 13, 11-14.
- **Araos, F., Riquelme, W., Skewes, J. C., Vianna, A., Alvarez, R., Ther, F., Yu Iwana, Albagli, A., Costa, A. & Duarte, E. (2019).** La vida después de la devastación: lo común de la tragedia en territorios sociobiodiversos de Chile y Brasil, *Revista Antropologías del Sur*, 6(12), 87-106.
- **Atienza, M., Luffin, M. & Romaní, G. (2016).** Un análisis espacial del emprendimiento en Chile: más no siempre es mejor, *EURE (Santiago)*, 42(127), 111-135.

- **Barrera-Bassols, N., & Floriani, N. (2018).** *Saberes locales, paisajes y territorios rurales en América Latina*, Popayán, Editorial Universidad del Cauca.
- **Barros, J. M. (1984).** *Palena: un río, un arbitraje*, Santiago, Santillana.
- **Bascopé, J. (2011).** Antes de la ley. Salvajismo y comercio sexual en tierra del Fuego y Patagonia austral, 1884-1920. En J. Pavez y L. Kraushaar (Eds), *Capitalismo y pornología. La producción de los cuerpos sexuados*, (pp. 180-216), Santiago, Qillqa-Universidad Católica del Norte.
- **Bayer, O. (2009).** *La Patagonia rebelde*, Navarra, Txalaparta.
- **Blaser, M. (2019).** Reflexiones sobre la ontología política de los conflictos medioambientales, *América Crítica*, 3(2), 63-79.
- **Degnen, C. (2018).** *Cross-Cultural Perspectives on Personhood and the Life Course*, Nueva York, Palgrave Macmillan.
- **Delamaza, G. (2019).** Consecuencias políticas de los conflictos socio-territoriales. Hacia una conceptualización pertinente, *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 37, 139-160.
- **Delgado, G., Huneeus, T., Geldes, C. y Villarroel, G. (2005).** *Chaitén: su historia desde la memoria*, Santiago, Editorial Caminante.
- **Escobar, A. (2014).** *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*, Medellín, Editorial Unaula
- **Fernández, R. (2007).** *Antecedentes históricos de la Comuna de Laguna Blanca: "Villa Tehuelche, oasis de la pampa"* (tesis para optar al grado de docente), Universidad de Magallanes.
- **Fundación Superación de la Pobreza (FSP) (2010).** *Voces de la pobreza Aysén*, Santiago, Fundación Superación de la Pobreza.
- _____ (2018). *Levantamiento de aprendizajes Balmaceda, Región de Aysén*, Fundación Superación de la Pobreza
- _____ (2020). *Ruralidad a contraluz. Un análisis sobre inequidades territoriales en las localidades*. Estudio Regional Aysén, Fundación Superación de la Pobreza.
- **Gomes, O. (2020).** *Por una geografía de lo común: territorio, trabajo y subjetividad comunitaria en contextos de conflictos territoriales* (tesis de doctorado en Desarrollo Rural), Universidad Autónoma Metropolitana, México.

- **Grace, G. y Campbell, D. (2021).** *Memorias de W.H. Greenwood: Patagonia bravía. Andanzas de un baqueano en el fin del mundo*, Santiago, Libro Verde Ediciones.
- **Grosse, A. (1974).** *Visión de Aisén*. Ed. Tall.
- **Gutiérrez, A. (2020).** El negocio del agua: cómo Chile se convirtió en tierra seca, *Anuario Centro de Investigación y Estudios Políticos*, 11, 351-355.
- **Hallowell, A. (1964).** *Ojibwa Ontology, Behavior, and World View*, Nueva York, Columbia University Press.
- **Hernández, E. y Vivanco, V. (2012).** *Acciones de implementación de estrategias complementarias para el desarrollo local: Intervención en la comuna de Porvenir, XII región de Magallanes y la Antártica Chilena* (tesis para optar al grado de sociólogo), Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- **Instituto Nacional de Estadística (INE) (2019).** Ciudades, pueblos, aldeas y caseríos. Santiago de Chile.
 _____ (2020). Base de Datos Censo 2017.
- **Liberona, F. (2021).** *Conflictos socioambientales, zonas de sacrificio y marco regulatorio. Informe para Umbrales Sociales 2021*, Santiago, Fundación Superación Pobreza.
- **Maffi, L. y Woodley, E. (2010).** *Biocultural Diversity Conservation: A Global Sourcebook*, Londres, Earthscan.
- **Mancilla, R. (2005).** *Diseño de una Estrategia de Comercialización para un Complejo Agroturístico en la Provincia de Última Esperanza* (tesis para optar al grado de administrador de empresas de turismo), Universidad Austral de Chile.
- **Mandujano, F., Rodríguez, J. C., Reyes, S. E. & Medina, P. (2015).** La erupción del volcán Chaitén: voyerismo, desconfianza, academia y Estado. Consecuencias urbanas y sociales en la comunidad, *Universum* (Talca), 30(2), 153-177.
- **Mandujano-Bustamante, F., Rodríguez-Torrent, J. C. & Reyes-Herrera, S. (2016).** El Estado chileno y la Patagonia: conflictos territoriales, *Revista Bitácora Urbano Territorial*, 26(1), 83-92.
- **Martínez, M. (2018).** *Escenarios hídricos 2030. Radiografía del agua. Brecha y riesgo hídrico en Chile*, Santiago, Fundación Chile.
- **Martinic, M. (2006).** El poblamiento rural en Magallanes durante el siglo ~~XX~~XX: realidad y utopía, *Magallania* (Punta Arenas), 34(1), 5-20.

_____ (2015). *De la Trapananda al Aysén: una mirada reflexiva sobre el acontecer de la Región de Aysén*, Santiago, Pehuén.

- **Morend, I. (2020).** *Aislamiento territorial: el caso del valle del Ñirehuao. Una contribución al desarrollo territorial en la Patagonia Chilena* (tesis de Magíster en Ciencias), Universidad Austral de Chile.
- **Molina, W. (2011).** *Identidad regional en Magallanes, sus expresiones simbólicas y territoriales, Magallania (Punta Arenas)*, 39(1), 59-69.
- **Montiel, M. (2005).** *Historia local: los cimientos de una ciudad, el rol de las mujeres en la colonización de la Patagonia* (tesis para optar al título de antropóloga), Universidad Austral de Chile, Valdivia, Chile.
- **Montiel, F. (2010).** *Chiloé, historias de viajeros*, Castro, Municipalidad de Castro.
- **Muñoz, C. (2004).** *Ordenamiento territorial con fines turísticos en las cuencas de los ríos Puelo y Cochamó. Comuna de Cochamó, Región de Los Lagos*, Santiago, Universidad de Chile.
- **Muñoz, A. (2018).** *Toda la vida hacer un futuro... relatos de mujeres pobladoras de Aysén*, Coyhaique, Ñire Negro.
- **Norgaard, B. (2006).** *Development betrayed: The end of progress and a co-evolutionary revisioning of the future*, Londres, Routledge.
- **Núñez, A., Aliste, E., Bello, Á. & Osorio, M. (2017).** *Imaginario geográfico, prácticas y discursos de frontera: Aysén-Patagonia desde el texto de la nación*, CIUDAD, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Geografía.
- **Núñez, A., Aliste, E., Bello, A. & Astaburuaga, J. P. (2019).** *Eco-extractivismo y los discursos de la naturaleza en Patagonia-Aysén: nuevos imaginarios geográficos y renovados procesos de control territorial*, *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 35, 133-153.
- **Ortiz, V. (2016).** *Una mirada descentralizada al costo de vida en territorios extremos y su impacto en la medición de pobreza por ingresos*, Serie Tesis País - Piensa un país sin pobreza, Santiago, Fundación Superación Pobreza.
- **Osorio, M. (2009).** *Aysén, matices de una identidad que se asoma*, Aysén, Gobierno Regional de Aysén.
- **Osorio, M., Saavedra, G. y Velásquez, H. (2007).** *Otras narrativas en Patagonia. Tres miradas antropológicas a la región de Aysén*, Santiago, LOM Ediciones.

- **Pérez, M. (2014).** *Movimiento social de Aysén: un caso de análisis de incidencia ciudadana en la agenda de políticas públicas* (tesis para optar al título de magíster en Gestión y Políticas Públicas), Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, Universidad de Chile.
- **Ramírez, C. (2017).** *Percepciones de los alumnos acerca del castigo ejercido por sus profesores. Propuestas para una sana convivencia*, Serie Tesis País - Piensa un país sin pobreza, Santiago, Fundación Superación Pobreza.
- **Reyes, R., Razeto, J., Barreau, A. & Müller-Using, S. (2020).** *Hacia una socioecología del bosque nativo en Chile*, Santiago, Social-Ediciones.
- **Rodríguez, J. & Sáenz, J. (2015).** Territorios en mutación. Superación y desplazamiento de las fronteras interiores en la Patagonia chilena. *Márgenes*, 12(17), 51-61.
- **_____ (2017).** De colonos a “residentes”. Una nueva categoría social en la Patagonia rural chilena, *Revista San Gregorio*, 18, 20-33.
- **Rodríguez, J., Gissi, N. & Medina, P. (2015).** Lo que queda de Chile: La Patagonia, el nuevo espacio sacrificable, *Andamios*, 12(27), 335-356.
- **Saavedra, S. y Mansilla, X. (2014).** *Tras las Huellas de la Carretera Austral: Retazos de historia oral sobre conectividad en la región de Aysén*, Coyhaique, Ñire Negro.
- **Sáenz, J. & Rodríguez, J. (2015).** Territorios en mutación. Superación y desplazamiento de las fronteras interiores en la Patagonia chilena, *Márgenes*, 12(17), 51-61.
- **Sáenz, J. (2015).** *Territorio rural y sus transformaciones ante procesos de globalización en la subregión transandina de la Provincia de Palena, Patagonia chilena* (tesis para optar al grado de antropólogo), Universidad de Chile.
- **Saldívar, J. (2017).** «Chilote tenía que ser»: Vida migrante transnacional en territorios patagónicos de Chile y Argentina, *Cultura-Hombre-Sociedad*, 27(2), 175-200.
- **Santana, D., Carrasco, H. & Estrada, C. (2013).** La Identidad Regional Ecológica: el rol del entorno ambiental en la construcción de la identidad patagónica. *Estudios de Psicología*, 34(1), 83-88.
- **Santibáñez, L. (2001).** *Pobladores rurales del extremo sur: Diferenciación campesina y rol de la mujer un estudio de casos en Chile Chico, XI región de Aisén* (tesis de para optar al grado de licenciado en Antropología), Universidad Austral de Chile, Valdivia, Chile
- **Saavedra, S. y Mansilla, X. (2014).** *Tras las Huellas de la Carretera Austral: Retazos de historia oral sobre conectividad en la región de Aysén*, Coyhaique, Ñire Negro.

- **Sáenz, J. (2015).** *Territorio rural y sus transformaciones ante procesos de globalización en la subregión transandina de la Provincia de Palena, Patagonia chilena* (tesis para optar al grado de antropólogo), Universidad de Chile.
- **Saldívar, J. (2017).** Chilote tenía que ser: vida migrante transnacional en territorios patagónicos de Chile y Argentina, *Cuhsó, Cultura-Hombre-Sociedad*, 27(2), 175-200.
- **Santander, P. & Fernández, C. (2019).** Políticas públicas de emprendimiento dirigidas a mujeres en Chile, *Revista Espacios*, 40(32).
- **Sepúlveda C. (2020).** *Línea de Base Social de las Áreas Protegidas de la Patagonia chilena*, Valdivia, Programa Austral Patagonia de la Universidad Austral de Chile.
- **Skewes, J. (2019).** La regeneración de la vida en los tiempos del capitalismo. Otras huellas en los bosques nativos del centro y sur de Chile, Santiago, Ediciones Ocholibros.
- **Ther-Ríos, F., Hidalgo, C., Rodríguez, J., Lazo, A., Alvarez-Abel, R. y Sáenz, J. (2021).** Historia ambiental de las apropiaciones territoriales en la Patagonia chilena nor-central: la Trapananda como frontera interior, *Magallania*, 49(9).
- **Ther, F. (2021).** *Por una Gestión de los Bienes Comunes de la Tierra, el Agua y el Mar. Informe para Umbrales Sociales 2021*, Santiago, Fundación Superación Pobreza.
- **Toledo, V. & Barrera-Bassols, N. (2008).** *La memoria biocultural: la importancia ecológica de las sabidurías tradicionales* (Vol. 3), Barcelona, Icaria Editorial.
- **Zuñiga, C. & Asún, R. (2013).** Identidad regional en estudiantes universitarios de Magallanes: una aproximación psicosocial, *Magallania (Punta Arenas)*, 41(1), 83-97.

SOMOS una institución privada, sin fines de lucro y con intereses públicos, cuyos orígenes se remontan a 1994.

CREEMOS que superar la pobreza que experimentan millones de chilenos y chilenas en nuestro país es un desafío de equidad, integración y justicia social.

CONTRIBUIMOS a la superación de la pobreza promoviendo mayores grados de equidad e integración social en el país, que aseguren el desarrollo humano sustentable de las personas que hoy viven en situación de pobreza.

DESARROLLAMOS nuestro quehacer en dos líneas de trabajo: por una parte, desarrollamos intervenciones sociales a través de nuestro programa SERVICIO PAÍS, que pone a prueba modelos innovadores y replicables para resolver problemáticas específicas de pobreza y, por otra, elaboramos propuestas para el perfeccionamiento de las políticas públicas orientadas a la superación de este problema, tanto a nivel nacional como local. Así, desde nuestros orígenes hemos buscado complementar, desde la sociedad civil, la labor de las políticas sociales impulsadas por el Estado de Chile.

Desde nuestros inicios trabajamos en alianza con el Estado de Chile y municipios de las 16 regiones del país. Contamos con financiamiento de entidades privadas y fondos públicos provenientes de los ministerios de Desarrollo Social y Familia, Vivienda y Urbanismo y de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.

www.superacionpobreza.cl

www.serviciopais.cl

 /superarpobreza

 @serviciopais
@superarpobreza

 @serviciopais

 /superacionpobreza

Con el financiamiento de:

